

fa que pronto se hizo de dominio popular: "Vuela, vuela, palomita,/ vuela como una canción./ Dile al Papa una cosita:/ que México es su nación". Por eso al marchar se escribió que "el Papa se llevaba a México en el Bolsillo". Y era verdad. Al llegar a Roma confesó: "He tenido que vencer la tentación de quedarme, y ahora me va a costar poner el reloj a la hora italiana". La devoción entrañable, íntima y multitudinaria, a la Virgen de Guadalupe, que el Papa presenció y compartió con honda emoción, le traería dulces nostalgias de su Virgen de Czestochowa.

Llega a México el P. Pro y encuentra en su casa a su padre y a sus hermanos. Sin perder tiempo, se entrega de lleno al trabajo. Pláticas, fervorines, sermones, horas y horas de confesionario, hasta tener que sacarlo algunas veces desmayado.

Desde que los templos se han clausurado, la Misa se celebra en casas particulares, y el Pan de los fuertes sigue alimentando a los cristianos. El P. Pro reparte unas 300 comuniones diarias, y los primeros viernes hasta 1.000. El tiempo que le dejaban las comuniones, lo dedicaba a pláticas y confesiones. Y todo este trabajo abrumador e ininterrumpido lo desarrollaba quien acababa de salir de la clínica. Era obra de Dios. En el poco tiempo que le quedaba libre prepara el último examen de teología que aún tenía pendiente y que lo supera decorosamente.

Parece que los Superiores pensaban hacerle salir de México. El dice que se sometía a la obediencia, aunque se sentiría dichoso de ser digno de padecer persecución por Cristo. La persecución arrecia y los mártires aumentan. "¡Oh, si me tocara la lotería!", exclama el P. Pro. Incluso intenta Calles formar una Iglesia nacional para la que encuentra un sacerdote caído, Pérez. Pero no hay seguidores —dicho sea en honor del clero mexicano— y el intento fracasa. El mismo Pérez termina abjurando de sus errores.

* * *

El P. Pro está "metido hasta el codo", como él mismo dice, en sus tareas apostólicas y propagandistas. Faltaban brazos, pues no todos eran tan valientes como él. Por eso prevé que las represalias serán terribles. "Ojalá me tocara la suerte de ser de los primeros... o de los últimos, pero ser del número". Y recordando la lluvia de rosas prometida por Santa Teresita para después de su muerte, concluye: "Si así es, prepare sus peticiones para el cielo, al que tanto suspiro por ir, para echar unos arpegios de guitarra con el ángel de mi guarda".

Los pobres le ocupaban gran parte del tiempo y tenía una buena organización para socorrerlos. De todas partes le llegaban ayudas según las necesidades. "La Providencia de Dios es tan paternal, que cuando me rasco la cabeza pensando a quién ir a darle un sablazo, ya tengo la despensa llena". Atendía a más de cien familias en todos sus gastos. Y algunas constaban hasta de doce personas, "que tienen la mala costumbre de comer tres veces al día, y generalmente con buen apetito, usan zapatos y ropa, y saben enfermar y pedir medicinas".

No se contentaba con subvenir a las necesidades materiales. Primero conquistaba sus corazones. Luego buscaba cómo salvar sus almas. Las conversiones son innumerables.

El P. Pro se da cuenta de que todo es obra de Dios: "Al estudiar la moral palpé lo tarugo que soy. Pero como Dios no me pedía sino que estudiara hasta reventar, entendiera o no, de allí resulta que, ahora que necesito ciencia, Dios suple admirablemente. Yo cada día confirmo esta verdad: cumple hoy con tu hombre viejo lo que Dios quiere de ti en este momento, que después La Providencia de Dios arreglará todo como El sabe hacer".

Visita cárceles. Atiende a enfermos. Administra Sacramentos. Pronuncia conferencias. No le queda tiempo para pensar en su quebrantada salud. Se distingue sobre todo en el ministerio de los Ejercicios Espirituales. Dirige muchas tandas con gran fruto. No puede llegar a todo. "Quisiera no sólo trilocarme, sino centuplicarme". Hay otra dificultad, dice: "el día tiene sólo 24 horas". Pero sigue al pie del cañón, hasta el agotamiento. A veces, como postre, las buenas gentes le hacían recitar una interminable serie de responsos, "desde sus bisabuelos hasta sus futuros biznietos". Además ha de vigilar a la policía que le va buscando, ha de espiar a sus espías.

* * *

El P. Pro. como cuenta San Pablo de sí mismo, por una parte deseaba su unión definitiva con Cristo, por otra parte veía la necesidad de continuar su tarea para ser útil a sus hermanos.

Sus actividades cada vez llaman más la atención del Gobierno que da la orden de captura. Como primer aviso, pasó un breve espacio de tiempo en la cárcel, al considerarle promotor del lanzamiento de 600 globos sobre México con cinco millones de hojitas de propaganda religiosa.

Los Superiores le piden que remita en su actividad. El promete ser prudente. Pero su celo le exige actuar ante tantas necesidades. "¿Mi vida? Pero ¿qué es ella? ¿No sería ganarla si la diera por mis hermanos? ¿Para cuándo son los hijos de Loyola, si al primer fogonazo vuelven grupas?"

Varias veces está en peligro de que le capture la policía, pero él les esquivo con gran habilidad y desparpajo. Una vez hasta invita a un bar a dos policías que le van buscando, pide que les sirvan merienda y bebe un vaso a su salud. Pero las pesquisas son cada vez más intensas y el cerco se va estrechando. Calles insiste que le prendan a toda costa. Le registran la casa y les requisan todo lo que encuentran. En cualquier momento pueden liquidarlos. "Toda mi tierna parentela, al salir a la calle, en vez de despedirse, reza un acto de contrición".

En medio de la persecución y del trabajo abrumador no perdía el buen humor. Era entonces el General Serrano candidato a la Presidencia, que todavía detentaba Calles. Y el P. Pro, jugando con estos dos nombres, escribió una tarjeta postal, llena de chispa e ingenio: "Para desaburrirme contaré la historia de la fuente de las ranas de Chapultepec. Es de suma actualidad. Una rana pidió a su mamá ya no ser rana, sino *ser-rano*, y la madre respondió: es mejor que *calles*".

El P. Pro no tenía más que un hobby: las almas: "Salvar un alma es hacer reina a una esclava. Es transformar en luz perpetua una cascada eterna de maldiciones. Es romper sin ruido una cadena infinita de dolores. Es embellecer con nuevas galas el palacio de Dios. Es hacer más deleitable la eternidad

de los escogidos. Es echar flores sobre las llagas de Cristo. Es agrandar el cielo y crearse para siempre una canción sublime de amor, de amistad, de agradecimiento. Es recoger del suelo diamantes caídos de la corona de Dios. Es estremecer de alegría el corazón de los ángeles. Es hacer más gloriosa la pasión de Cristo. Salvar almas es más que crearlas, es más que conservarlas, es más que redimir las" (Gar-Mar).

La pasión por las almas le dominaba sobre todo desde el día de su ordenación sacerdotal. Así lo había pedido aquel día al Señor. "Pero para hacerles bien, decía, hay que amarlas apasionadamente. Pronto estoy a dar mi vida con tal de llevar las almas a Dios". A ellas dedicaba todo su tiempo, todas sus fuerzas. Y hasta sus cantos y poesías. Pronto daría su vida por ellas también. "De buena gana me gastaré y me desgastaré hasta agotarme por vuestras almas", podía decir con San Pablo (2 Cor 12,15).

¿De dónde sacaba fuerzas, cuál era la fuente de su inspiración? La cruz, el Corazón de Jesús y una tierna devoción a la Madre. "¿Sabéis dónde he adquirido la poca experiencia que tengo? ¿Sabéis dónde he aprendido a amar? En el Corazón de Jesús". Con tan buenas fuentes, estaba preparado para todo.

* * *

El P. Pro deseaba ardientemente morir mártir, y así lo manifestaba con toda claridad, pues, para la salvación de México, decía, era necesario sangre sacerdotal. Así lo manifestaba una religiosa que le conocía mucho y su inmediato superior, el P. Mayer. El P. Pro se había ofrecido como víctima y tenía la íntima convicción de que había sido aceptado su ofrecimiento.

Pronto se presentó la ocasión propicia. El General Obregón, alma y promotor de la persecución, sufre un atentado frustrado el 13 de noviembre de 1927. El verdadero autor Luis Segura Vilcines, logra demostrar su inocencia. Pero al enterarse que la sospecha recae sobre los hermanos Pro, se confiesa culpable y es llevado a la cárcel. Todos temen las represalias que van a tomar Calles y Obregón contra los católicos, que son encarcelados por centenares. Ha sido un atentado inoportuno y contraproducente.

Por la indiscreción de un penitente es descubierto el P. Pro. La noche del 17 al 18 de noviembre es detenido por el agente Alvaro Basail, junto con su hermano Humberto, uno de los miembros más activos de la Liga de Defensa Religiosa. Los llevan a la cárcel. Obregón llega a convencerse de la inocencia del P. Pro, pero no quiere desaprovechar la ocasión de deshacerse de él. Visita a Calles y le exige la ejecución inmediata del P. Pro, orden que Calles firma gustosamente.

* * *

En los seis días que estuvieron encerrados el P. Pro, sus hermanos, la señora Montes de Oca —acusada de haber intervenido también en la preparación del atentado— y otros católicos, no cesó el P. Pro de consolarles, dirigir los rezos y dar absoluciones.

En una farsa de juicio son declarados convictos y confesos como responsables del atentado contra Obregón y son condenados a muerte el P. Pro y su hermano Humberto. "Si nos van a matar, dice el P. Pro la noche del 22.

demos gracias a Dios de que hayan escogido nuestra sangre. Dios nos dará fuerzas para ir adelante hasta el fin". Mientras tanto rezaban el Credo, la Salve y otras oraciones.

La mañana del 23 baja a los sótanos de la cárcel Mazcorro, uno de los jefes de Obregón, e intima al P. Pro a salir. Un policía de los que le apresaron le pide perdón. "No sólo te perdono, responde el P. Pro, sino que te doy las gracias". El patio estaba lleno de soldados armados. No faltan fotógrafos y reporteros.

El Mayor Torres le pregunta su última voluntad. "Que me permita rezar", responde el P. Pro. Y arrodillándose y besando el crucifijo, ofrece a Dios el sacrificio de su vida. Rehúsa que le venden los ojos. "Señor, dice, Tú sabes que soy inocente", y bendice a todos con su crucifijo: "Dios tenga compasión de vosotros. Que Dios os bendiga". Luego, conservando en su mano derecha el crucifijo y el rosario en la izquierda, abrió los brazos en cruz, repitiendo las palabras del Señor: "Perdono de todo corazón a mis enemigos", para terminar con la frase favorita de los mártires mexicanos: ¡Viva Cristo Rey!

Inmediatamente se da la orden y resuena una descarga cerrada. El P. Pro cae con los brazos en cruz. Un soldado le da el tiro de gracia. La ofrenda había sido aceptada por el Señor. Era el 23 de noviembre de 1927. Tenía el P. Pro 36 años.

Cinco minutos después eran fusilados también su hermano Humberto y el autor del atentado Luis Segura. (Obregón, el inspirador de la sectaria Constitución de Querétaro, el verdadero responsable de las salvajadas atribuidas a Calles, el déspota que todo lo dirigía entre bastidores, el que supo deshacerse de todos los amigos que le estorbaban, creía que podía descansar ya tranquilo. Pero pocos meses después, caía también él, atravesado por las balas).



Muy pronto empezó el triunfo de los mártires. Trasladados los restos del P. Pro y de su hermano a su casa, se formó al momento una ininterrumpida peregrinación para orar ante ellos y cubrirlos de flores. Hubo escenas sobrecogedoras. A las 4 de la mañana se celebró la Misa. Sigue una procesión interminable de obreros y gente del pueblo ante los restos. A las tres de la tarde es el entierro. Un entierro en olor de multitudes. Desde los balcones lloían flores al paso de los mártires y la gente se arrodillaba por las calles. Unas 20.000 personas y 500 automóviles formaban el cortejo, desafiando las iras del Gobierno. Rezan el rosario y gritan: ¡Viva Cristo Rey! ¡Vivan los santos mártires!

Hubo momentos de gran tensión. Durante el entierro reinó un impresionante silencio. Después dijo el padre de los mártires: "Hemos terminado. Te Deum laudamus". Volvieron a la ciudad entre cantos de victoria y oraciones. Los propagandistas de la Liga repartían papelitos con estas palabras: "¡Calles, más tercios los hemos visto y los ha vencido Cristo!". La sangre del P. Pro será semilla de otros héroes. Así ha sucedido siempre en la historia.

"Preparen sus peticiones para el cielo", había dicho el P. Pro a unos amigos, intuyendo su martirio. Y apenas cumplido su deseo, empieza a derramar sobre la tierra una copiosa lluvia de rosas, como Santa Teresita. Las cura-

ciones y gracias se multiplican. Multitud de fieles acuden diariamente a la Colina de los Dolores para postrarse ante su sepulcro. La devoción al P. Pro se extiende rápidamente por todo México, y pronto por otras muchas naciones. De todas partes llegan noticias de conversiones y milagros atribuidos a él.

Ojalá un día lo veamos en los altares. "Si el grano de trigo cae en tierra y no muere, queda solo, pero si muere, produce mucho fruto" (Jn 12,24).

Concluimos con una oración *A la Virgen Dolorosa* que el P. Pro había compuesto y que recitaba para templar su espíritu en la persecución:

Déjame pasar mi vida junto a Ti, Madre mía, para acompañar tu soledad y tu dolor profundo. Déjame volver a sentir en mi alma el doloroso llanto de tus ojos y la fatiga de tu corazón. No quiero las alegrías de Belén ni adorar al Niño Jesús en tus brazos virginales. No quiero gozar en la humilde casita de Nazaret de la dulce presencia de Jesucristo, ni unirme al coro de los ángeles en tu gloriosa Asunción. Yo quiero para mí las burlas y las mofas del Calvario. Quiero la lenta agonía de tu Hijo, el desprecio, la ignominia y la infamia de la Cruz. Lo que yo quiero, Virgen Dolorosa, es estar junto a Ti, en pie, para fortalecer mi alma con tus lágrimas, consumir mi sacrificio con tu martirio, animar mi corazón con tu soledad, amar a mi Dios y tu Dios en la inmolación total de mi ser.

UNA LARGA NOSTALGIA POR LA VERDAD

“Las religiosas viven en el cielo, como los ángeles, a pesar de poseer un cuerpo terrestre. Ellas trabajan en su santidad. Utilizan la técnica del escultor para esculpir sus personas. Y quitan la costra que se le añadió al hombre después de la caída y eliminan todo lo que es extraño a la naturaleza humana para reencontrar la belleza original, la santidad y la similitud con los ángeles. Un sabio, un técnico, un profesor, un artista, trabajan por la tierra y en el tiempo. Un santo trabaja por la eternidad. Y encarna la auténtica grandeza humana. Ser religiosa o religioso significa esculpir a Dios con el propio cuerpo y en el propio cuerpo. El monje es el ideal de vida para todos. El monje o la monja son los héroes. Todos quieren imitarlos. Las mujeres están celosas de las religiosas. Por llena de alegría que esté la vida de una mujer en el mundo, siempre es inferior a la de una religiosa” (Gheorghiu). Esa pureza y belleza original, liberada de toda costra y de extrañas amalgamas, es lo que Edith Stein encontró en el Carmelo de Santa Teresa.

* * *

Adentrarse en la vida de Edith Stein es una aventura apasionante y subyugadora. Es un astro con luz propia, que irradió en su contorno y nos ha dejado una larga estela luminosa. Apenas nos colocamos bajo su influencia, ejerce sobre nosotros un atractivo irresistible y una profunda admiración. Entre tanta mediocridad como cada uno ha de aguantar, en sí mismo y en los demás, una vida así es como un enclave de luz y de esperanza que a todos estimula y ennoblece.

Su vida fue relativamente breve, pero muy densa. Es un recorrido que encierra una extraordinaria y paradójica combinación: judía, atea, filósofa, conversa, monja carmelita, mártir de Cristo. Cumplió sus etapas en plenitud y con suma seriedad. Trabajaba con denuedo por conseguir un nivel. Cuando lo había alcanzado, no descansaba allí. Le servía de trampolín para lanzarse de nuevo a otro superior.

Nació Edith Stein en Breslau el 12 de octubre de 1891. Murió en las cámaras de gas, en el campo de concentración de Auschwitz, el 9 de agosto de 1942, en la plena madurez de sus 50 años y 10 meses. La Madre Teresa Renata del Espíritu Santo, que fue Maestra de Novicias y luego Priora de Edith Stein, nos brinda numerosos testimonios sobre su vida, tomadas de sus mismos escritos y de sus contemporáneos. Murió en pleno rendimiento, pero como

dice Merton, "lo más importante en la vida no es completar ninguna obra, sino alcanzar un grado de conciencia y de libertad interior que está más allá de todas las obras y de todas las realizaciones".

Nació en una familia judía. Antes de cumplir dos años, quedó huérfana de padre. Su madre, de recia personalidad, llevó adelante un próspero negocio de madera, y sacó a flote con holgura los estudios de sus siete hijos. Era muy piadosa y hacía seguir a sus hijos con exactitud las reglas del Talmud. Se respiraba en la casa un clima plenamente judío, y educaba a sus hijos en el santo temor de Dios.

Desde muy pronto aparece Edith como una joven sensata y seria, responsable y tenaz, lectora precoz y estudiosa incansable. Hasta en juegos prefería los instructivos. Era por otra parte muy equilibrada y amable, generosa y servicial. Era la más pequeña y, sin ser mimada, era la predilecta de su madre y hermanos, como luego lo será de sus sobrinos. También en clase la querían, porque siendo la primera, era sencilla y buena compañera. Amaba también mucho la naturaleza, las flores, las estrellas...

Había nacido, como un buen presagio para su madre, en la fiesta judía de la Reconciliación. Pero pronto empezó a darse cuenta, con pena, su madre, que Edith ya no era piadosa. Veía que la acompañaban a la sinagoga sólo por complacerla. Efectivamente, Edith se confiesa atea a los 21 años.

* * *

Realizó sus estudios con gran brillantez en todos los niveles. Ya en la escuela primaria había dicho su profesor, jugando con el apellido Stein, "piedra". en alemán: "Edith golpea en la piedra y saltará sabiduría". Desde muy niña se despierta un gran afán por la verdad. "Al que miente una vez, luego ya no se le cree, aunque diga la verdad", decía Edith de muy niña, según una amiga suya. "Mi anhelo de verdad era mi única oración", dirá después. Era simpática y agradable pero, según todos los que la conocieron, sólo conocía un amor: la ciencia y el ansia de conocer la verdad.

Estudia filosofía en Breslau. Pronto Breslau la queda pequeña. Quiere volar siempre más arriba. "En mi vida pude desatar los más fuertes lazos con un solo movimiento y volar como un pájaro que logra escapar". Era intrépida y con gran valor resolutivo. Un día oyó hablar de las nuevas teorías de Husserl, padre de la fenomenología, profesor entonces en Göttingen, y se sintió fuertemente atraída por aquellas ideas. Buscó sus obras, y consumió las Navidades embebida en aquel torrente de fenómenos, embriagadores para ella.

La Nochevieja, con un grupo de amigas, cantarán unas letras alusivas. La estrofa que se refería a ella, decía así: "La mayoría de las muchachas sueñan con un besito, sólo Edith sueña con Husserl./ En Göttingen le tendrá delante de sí vivito". Y a Göttingen se fue, donde lleva una vida de intenso trabajo, y publica su tesis doctoral sobre la "Intrasensación", con la máxima calificación, a las órdenes de su maestro. Cuando Husserl consigue la cátedra de Friburgo Br., allí le sigue la doctora Stein, su discípula predilecta y más aventajada, como Profesora Asistente de Cátedra. Esta relación amistosa y académica seguirá incluso cuando Edith Stein se haga católica y monja carmelita. Husserl sigue con simpatía y admiración

los pasos de su discípula, y poco después de morir el maestro, su esposa se convertirá al catolicismo.

* * *

Edith bebía la sabiduría a raudales en los canales de la fenomenología, pero no se saciaba su sed de verdad. La sed crecía al ver que la filosofía no respondía a las cuestiones últimas del sentido de la vida. Intuía y hambreada una Verdad Superior, la Verdad Suprema, sin saber todavía que existía. Oía en su corazón la voz del poeta:

¿Tu verdad? —No, la Verdad.
Y ven conmigo a buscarla.
La tuya, guárdatela (A. Machado).

Con el mismo poeta, no le satisfacían ya los ecos. Quería llegar hasta la Voz Primera y Fontal de todas las verdades:

Desdeño las romanzas de los terrones huecos
y el coro de los grillos que cantan a la luna.
A distinguir me paro las voces de los ecos,
y escucho solamente, entre las voces, una.

El encuentro claro y definitivo con la Verdad, con Dios, suele tener un momento cumbre y discernible. Pero antes, normalmente, hay unos pasos previos que disponen y preparan el acontecimiento. También aquí existieron. Un primer contacto con lo religioso fue la vida de su madre, piadosa israelita. Hubo otros sucesos que abrieron nuevas brechas en su vida. Por ejemplo, las conferencias sobre temas religiosos que dictó Max Scheler. La acogida cordial que le dispensó un granjero católico, en una excursión por la Selva Negra, y verle cómo rezaba y trataba a sus criados. El conocimiento del Padrenuestro en gótico, que manejó en sus estudios germánicos y que, según confesaba, le impresionaba siempre que lo analizaba ante sus alumnos.

El último paso se lo proporcionó la muerte al profesor Reinach, amigo de Husserl. Fue Edith a dar el pésame a la viuda, y su fortaleza y esperanza cristiana causó en Edith una impresión imborrable, como ella misma comunicaría poco tiempo antes de morir. "Fue éste mi primer contacto con la Cruz y con la virtud divina que comunica a los que la llevan. Por primera vez vi palpablemente ante mí la Iglesia nacida de la pasión redentora de Cristo en su victoria sobre el aguijón de la muerte. Fue el momento en que se quebró mi incredulidad, palideció el judaísmo y apareció Cristo: Cristo en el misterio de la Cruz. Por eso en mi toma de hábito no acertaba a expresar otro deseo que el llamarme en la Orden con el apelativo de *la Cruz*".

* * *

Todo estaba abonado ya para la irrupción de la luz y de la divina gracia. Un matrimonio amigo la invita a pasar unas vacaciones en su granja. Ponen a su disposición la biblioteca... "Eché mano a la buena de Dios y saqué un voluminoso libro. Llevaba por título "Vida de Santa Teresa de Avilla, escrita por ella misma". Comencé a leer y quedé al punto tan prendida

que no lo dejé hasta el final. Al cerrar el libro, dije para mí: ¡Esto es la verdad!" Edith apenas advirtió que amanecía el día. Sólo se dio cuenta de que una nueva luz había amanecido en su corazón. De esta manera sencilla, y aparentemente casual, la filósofa Stein, versada en fenomenología, había descubierto, en los fenómenos del alma de Santa Teresa, la huella de Dios, Suprema y Unica Verdad. "Dios la había cautivado y ella ya no se pudo separar de El". Cuando comunique su decisión a su madre, ésta dolorida, le dirá: Se puede ser bueno entre los judíos. Y Edith, serenamente, le contestará: Ciertamente, si no se ha conocido "otra cosa", si no se ha producido el encuentro con Jesús de Nazaret.

Inmediatamente bajó a la ciudad y compró un misal y el catecismo católico. Los estudió a fondo. Luego fue a una iglesia para "ver" la Misa, que ya le resultaba familiar. Fue a hablar con el párroco. Y en un largo diálogo le mostró su extraordinaria preparación. Pidió el Bautismo. Se fijó el día de Año Nuevo de 1922. "La Nochevieja la pasó la catecúmena en vigilia de oración. A primeras horas de la mañana se realizó en ella el milagro y el misterio del Bautismo. En agradecimiento tomó el nombre de Teresa. El mismo día recibió la Sagrada Comunión. Tenía entonces Edith, 30 años. Poco más tarde, el sacramento de la Confirmación. Se siente llena del fuego y del vigor del Espíritu, "del Espíritu de Verdad, que os guiará hacia la Verdad completa" (Jn 16,13). Con estos arreos se siente bien pertrechada para la nueva vida que va a emprender.

Quedaba un "trago" muy penoso y posiblemente trágico. Comunicarlo a su madre. Podía ser un golpe mortal y crear un abismo separador entre las dos, ellas que tanto se querían. Prefirió hacerlo de palabra. Llegó ante su madre, se arrodilló y se lo comunicó. Su madre sintió que le abandonaban las fuerzas. Edith esperaba insultos e improperios. Su madre no dijo nada. Se puso a llorar desconsoladamente. Nunca la habían visto llorar. Edith también lloró. La familia quedó como petrificada con esta declaración. Pero no rechazaron a Edith. Una señora que conocía a la señora Stein, decía: "La transformación obrada en Edith, que irradiaba de todo su ser, desarmó a su madre". Edith se queda una temporada con su madre. Sigue acompañándola a la sinagoga, donde ahora Edith sigue los rezos con su Breviario.

Desde el principio arde en deseos de seguir los pasos de su Santa Patrona, Santa Teresa. Era yo, dice la Santa, "enemiguísima de ser monja", pero después, "vi era el mejor y más seguro estado, y así poco a poco me determiné a forzarle para tomarle. Y era tan honrosa que me parece *no tornara atrás* por ninguna manera, habiéndolo dicho una vez". Por eso, "determiné hacer ese poquito que era en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese". Estos afanes y este tesón lo sentía también Edith. Había tomado la *decisión irrevocable* de quemar las naves de la vida anterior, y nada conseguiría hacerle *tornar atrás*.

* * *

Deseaba además ponerlo pronto por obra.

Pero aún tardará once años en entrar en el Carmelo. Su director espiritual, el Prelado Schwind, le manda esperar. Prácticamente, aunque fuera del



claustro, vive como una monja. Se traslada de Freiburg a Spira. Vive en el Monasterio de las Dominicás. De cuando en cuando se traslada a Benron para vivir mejor la liturgia. Luego vive en Münster.

A ojos vista se advierte que adelanta en la virtud y en la vida espiritual a pasos agigantados. "Contemplarla rezar en la iglesia era un impresionante sermón. El punto de su gravedad era ya Dios, y nada le apartará de El". Rezaba diariamente el Breviario desde su conversión. Un testigo, viéndola rezar, la compara a la figura de la "ecclesia orans" de las Catacumbas. El Abad de Benron, que es su director, después de morir el P. Schwind, dice: "Es una de las más grandes mujeres de nuestro tiempo: sensibilidad, sencillez, equilibrio de virtudes, vida interior". Ante la multitud de tareas que amenazan cada mañana, "lo mejor es, decía Edith, tomar las riendas en la mano y gritar: ¡despacio! Ante todo, ahora no me toca nada a mí. Mis primeras horas pertenecen al Señor. El trabajo que hoy me confía lo acojo de buen grado, esperando que El me dé la gracia para realizarlo". Y para animarse y evitar los ruidos y la dispersión, se había trazado este lema: "Mi vida empieza de nuevo cada mañana y termina cada noche".

De todas partes la llaman a dar conferencias sobre temas religiosos, que producen muchos frutos de conversión. Tiene contactos con Heidegger y Przywara. Visita también a su maestro Husserl. Sus superiores quieren que siga sus investigaciones y desarrolla además una gran actividad académica y apostólica como profesora. Estudia con ardor a Santo Tomás. Descubre en él la síntesis de la vida activa y contemplativa. Traduce al alemán sus *Questiones de Veritate*. Escribe cotejando las teorías de Husserl con Santo Tomás. También sobre "el acto y la potencia".

La impresión de humanidad, de bondad y tacto que causa en sus alumnas es imperecedera. "Nos arrastraba su ser. Palpábamos su serenidad, finura y armonía. ¡Qué corazón tan limpio y tan noble! Pasé oyéndola los más imborrables momentos de mis estudios. Se respiraba una atmósfera de distinción y elevación junto a ella. Era un ángel de caridad. Tenía gran sentido práctico y a todas aconsejaba bien. Un halo de santidad, que fascinaba, brotaba de su semblante. Cautivaba su poderosa y sencilla personalidad. Su ser irradiaba gran virtud. Impresionaba su armonía y equilibrio y contemplarla sumergida en profunda oración. Estaba totalmente embebida en Dios, y a la vez disponible para todos. Un nimbo de fulgor resplandecía en su rostro. Era condescendiente con todos, rigurosa consigo misma". A una alumna tímida le aconsejaba así: "No mida lo que sabe por lo que puede decir. Lo que haya asimilado obrará en Vd. y Vd. irradiará aunque no lo pueda expresar en palabras".

Estas expresiones de sus alumnas eran en realidad el eco de lo que Edith escribía en una carta: "Por lo que se refiere al trato con los hombres, la necesidad espiritual del prójimo rompe todo precepto. Cualquiera otra cosa es medio para el fin. Pero el amor es el fin mismo, porque Dios es amor".

* * *

Once años llevaba ya Edith de prueba y maduración en su deseo de ser religiosa, después de su conversión. La subida de Hitler al poder coincide

con el principio de la persecución a los judíos y con la prohibición de que impartieran clases los que no pertenecieran a la raza aria. Este hecho, que va a producir una honda pena en Edith, por su familia y por el pueblo judío, va a facilitar el cumplimiento de sus deseos de entrar en un convento. No podrá seguir con sus clases de Münster, que era uno de sus principales campos de apostolado.

Superadas todas las dificultades, solicita el ingreso en el Carmelo de Colonia. De nuevo quedaba el paso difícil de comunicarlo a su madre. Se traslada a Breslau. Sigue acompañándola a la sinagoga. Le comunica la noticia. Su madre no responde. Patética despedida con un abrazo interminable. Ya no se volverían a ver.

El 14 de octubre de 1933, a sus 42 años de edad, víspera de Santa Teresa, se abrió la puerta de la clausura. "Y yo atravesé con profunda paz el umbral de la casa del Señor, hondamente tranquila en el puerto de la voluntad divina". Allí encuentra la Nada (el desierto, el vacío, la soledad) y el todo (Dios que colma sus afanes). Pasa de la fama al anonimato. Se acomoda a todo, como cualquier postulante. Sigue siendo la persona delicada y servicial de siempre. Amable con todas. Olvida las comodidades anteriores y es feliz en la pobreza de su celda. Se siente inundada de paz. Hace suyos los versos de Santa Teresa:

Dichoso el corazón enamorado
que en solo Dios ha puesto el pensamiento,
por El renuncia todo lo criado,
y en El halla su gloria y su contento.
Aun de sí mismo vive descuidado,
porque en su Dios está todo su intento,
y así alegre pasa y muy gozoso
las ondas de este mar tempestuoso.

* * *

Toma el hábito, con el nombre de Teresa Benedicta de la Cruz. Teresa, por el gran encuentro. Benedicta, en recuerdo de Benron, de la Cruz... Edith se encuentra de lleno con la cruz, y se abraza a ella. Como Jesús por su pueblo, también Edith quiere cargar con ella por sus hermanos de raza. Descubre y asimila la doctrina sublime de San Juan de la Cruz. El fruto es un hermoso tratado sobre la *Ciencia de la Cruz*. Aún sigue trabajando en otros escritos en sus tiempos libres, como fiel discípula de Santa Teresa que decía: "Siempre fui amiga de letras. Son gran cosa letras para dar en todo luz". Aún le visitan personas ilustres, como Wust, y Gertrud von le Fort que deseaba comentar con ella algunos aspectos sobre su próximo libro sobre *La mujer eterna*.

Cuando celebra la Profesión de Votos temporales acuden muchos conocidos y compañeros de cátedra. El rico simbolismo de la fiesta les impresiona. Al renovar sus votos el 14 de septiembre de 1936, "siente" la presencia de su madre junto a ella, según cuenta a una compañera al acabar la ceremonia. Luego llega la noticia de que en aquellos momentos había muerto su madre. Edith le había escrito todas las semanas desde que entró en el convento, aunque su madre tardó mucho en contestarle. La emisión de sus Votos Perpetuos coincidió

con otro hecho muy significativo para Edith. Ese mismo día, 21 de abril de 1938 moría su maestro Husserl.

Edith veía en estas coincidencias la providencia divina. Cada vez le quedaban menos raíces en la tierra. Eran llamadas para recorrer el *Camino de la Perfección*, para entrar en el *Castillo Interior* y subir hasta la *Séptima Morada*. Pero antes de llegar a la *Cima del Monte Carmelo*, había que pasar por la *Noche Oscura* y dejarse abrasar en la *Llama de amor viva*.

* * *

La noche oscura iba a llegar muy pronto. Ante la persecución nazi contra los judíos, la Priora de Colonia gestiona el traslado, y Edith marcha al Carmelo de Echt en Holanda. Es un Viacrucis que ya no parará hasta terminar en el Calvario. Cuando los nazis penetran en Holanda, empiezan a preparar la documentación para que Edith vaya a vivir a algún convento de Suiza o de España. "Llevo, dice, Edith, hace meses una hojita sobre el pecho con el pasaje de San Mateo 10,23: Cuando os persigan en una ciudad, huid a otra, y si en esta os persiguen, huid a una tercera". Es ahora cuando más puede vivir la ciencia de la cruz, como escribe en una carta: "Sólo se puede alcanzar la Ciencia de la Cruz cuando se siente cómo la Cruz se le clava profundamente en su ser. Abrazo la Cruz con todo mi corazón. Ave Cruz, spes unica".

No tuvo tiempo de salir de Echt. El 2 de agosto de 1942 va la Gestapo a buscar a Edith y a su hermana Rosa, convertida también al catolicismo y que vivía con ella. Las llevan a un campo de concentración para judíos. Testigos presenciales relatan después la impresión que causaba la paz y serenidad que se reflejaba en el rostro de Edith. Recorría los grupos consolando a todos como un ángel.

Dos días después son trasladadas hacia Polonia. Llegan luego noticias confusas. Por fin la nota escueta de la Cruz Roja holandesa: "Edith Stein, nacida el 12 de octubre de 1891 en Breslau, fue asesinada el 9 de agosto de 1942 en Auschwitz con gas".

* * *

Después de un itinerario denso y fecundo, desde Husserl a Santo Tomás, y a través de Santa Teresa y San Juan de la Cruz, se había consumado el sacrificio, se había ofrecido como holocausto, junto a la víctima del Calvario.

El anhelo de Edith Stein, de verdad y de bien, había quedado colmado. Sus planes habían sido sobrepasados por los planes de Dios. "Lo que no estaba en mi plan, entraba en los de Dios. Cada día se torna más viva en mí la fe de que —mirado desde Dios— no puede haber ninguna casualidad y de que, por tanto, mi vida entera, en cada una de sus palpitaciones, sigue el ritmo que le comunica la Divina Providencia y forma, ante la mirada omnipresente de Dios, un todo armónico. Tras lo de aquí comenzaré a gozar del Lumen Gloríae, en el que se me aparecerá sin velos el sentido de todo".

EL CABALLERO DE LA INMACULADA

“Buscaremos juntos a ese hombre. Y lo pondremos en libertad. Y en el juicio final, tú y yo podremos decir: Nosotros liberamos a un cautivo durante nuestra estancia en la tierra. Por eso tenemos derecho a entrar en el paraíso. Pues aquel que salva a un solo ser humano, será recompensado como si hubiera salvado a todo el universo. Porque el hombre, dice el Talmud, fue en un principio creado individuo único, para que se supiera que al que suprime una sola existencia, la Escritura se lo imputará exactamente como si hubiera destruido al mundo entero, y al que salve una sola existencia, la Escritura se lo tendrá en idéntica cuenta que si hubiera salvado a toda la humanidad” (Gheorghiu). Por eso, como hay hombres culpables de lesa humanidad, hay también hombres beneméritos que con gesto insuperable han ennoblecido a la humanidad. Y pocos, entre éstos, figurarán con más derechos que el P. Maximiliano Kolbe.

* * *

El P. Maximiliano María Kolbe se ha convertido en símbolo internacional de supremo amor al prójimo y de confortadora esperanza en los valores del espíritu. Ha merecido ser llamado un “San Francisco redivivo”, por su profunda espiritualidad, intenso apostolado, cordialísima devoción a la Virgen y sublime santidad.

A los cuarenta y siete años de edad se ofreció libremente a morir por un presidiario, padre de familia, desconocido suyo. Es el mártir de la caridad en el campo de concentración y exterminio de Auschwitz. Este acto supremo fue la culminación de una vida de generosa entrega.

Es el santo de la Segunda Guerra Mundial. Fue un profeta, un pionero, el Caballero de la Inmaculada, gloria de la Iglesia de Polonia y de toda la humanidad.

* * *

El campo de concentración de Auschwitz —los polacos lo llaman Oswiecim— está a 60 kilómetros de Cracovia. Fue llamado Campo de la Muerte, Fábrica de la Muerte. Allí fueron sacrificados cinco millones de personas, la mayoría hebreos, pero muchos católicos también, pertenecientes a 19 países, España incluida, según consta en un monumento con inscripciones en los diecinueve idiomas respectivos.

El campo de Auschwitz fue todavía más horrible que Dachau, Buchenwald, Treblinka, Mathausen, Bergen-Belsen... Algunos, como el de Gotha, no fueron conocidos hasta muy tarde, por no haber quedado supervivientes.

Según el primer ministro polaco Cyrankiewicz, fue "el mayor cementerio de la historia y del mundo, en el cual, sin embargo, no hay traza alguna de ninguno de los cadáveres". Baste decir que Polonia tenía en 1938 más de 35 millones de habitantes y en 1945 no llegaban a 24 millones, siendo así que apenas murió luchando en combate medio millón.

Eran asesinados en las cámaras de gas y luego incinerados, en los hornos crematorios, con los más modernos métodos científicos, "sacrificados al orgullo de la fuerza y a la locura del racismo", en palabras de Pablo VI.

La refinada y sádica perfidia del jefe del campo, Fritsch, inventó el bunker de la muerte: el martirio del hambre y de la sed, la lenta y cruel agonía, que empuja a los hombres allí enterrados vivos a intentar devorarse entre sí.

Esto es Auschwitz, tumba y altar del P. Kolbe y santuario para sus devotos, que le han erigido allí un hermoso monumento en el centro del campo, obra de un religioso franciscano de Niepokalanow, que representa al Beato de pie mostrando a todos la medalla de la Virgen Milagrosa. En la fachada del pabellón de castigo, una lápida recuerda también al Beato. Dice así: "Aquí, en las celdas del hambre, los hombres que estaban condenados a muerte generalmente enloquecieron. Tenían semblantes desesperados, gritaban día y noche. Solamente en esta celda, ocupada por M. Kolbe, un ardiente amante de Jesús, que siguió los Consejos Evangélicos con gran amor a Dios, no se oyó grito alguno. Hasta el final cantó alabanzas a Dios y su rostro fue radiante hasta el momento de expirar".

* * *

A finales de julio de 1941 se fugó un presidiario. Un terror de muerte amenazaba a todos sus compañeros de bloque. Cada fuga se castigaba con la muerte de diez compañeros del fugado, en el burker del hambre. Al caer de la tarde del día siguiente, el jefe del campo leyó la orden a los presidiarios, puestos en filas: "Al no hallarse el fugitivo de ayer, diez de vosotros pagarán con sus vidas esta evasión". Señala a uno de cada fila. Uno de los señalados, el número 5.659, Francisco Gajowiczek, al dar los tres pasos al frente, exclamó: "¡Ay! ¿Qué será ahora de mi mujer y de mis hijos?".

Una chispa se encendió en la mente del P. Kolbe, y al momento le abrasó el corazón. En una fracción de segundo descubrió que se le acababa de presentar el momento cumbre de su vida, daría *un paso* al frente que sería *irreversible*, un paso de gigante del que ya no podría retornar. Ante el pasmado de todos, sale de su fila, se cuadra ante Fritsch, comandante de la SS y le dice: "Me ofrezco voluntariamente para morir a cambio de ese padre de familia... Soy sacerdote católico". Estas palabras no pueden pensarse seriamente sin que un escalofrío espeluznante nos penetre hasta las interioridades más profundas de nuestro ser.

El comandante, confuso y asombrado, da su conformidad y ordena el cambio del número 5.659 por el 16.670, que era el correspondiente al P. Kolbe. En Auschwitz se había llegado al desprecio más absoluto de la persona humana. El hombre no era más que un número que podía borrarse sin más, por capricho o por mero entretenimiento. Un simple número. Y el conjunto de hombres, una masa de números.

Pero el hombre es imagen de Dios, criatura única y singular de Dios. Por eso el hombre no tiene plural. No existen los hombres, existe el hombre, con sus notas individuantes, con su nombre y apellidos, que configuran su personalidad. Fritsch no sabía esto, o lo había olvidado, o no quería saberlo. No sabía que "cuando un hombre muere, muere un planeta" (Evtuchenko). El P. Kolbe sí lo sabía, y obra en consecuencia.

* * *

El P. Kolbe había recorrido ya varios campos de concentración, desde el primer mes de la guerra, septiembre de 1939. Pero, fue puesto en libertad y se reincorporó a sus tareas apostólicas en Niepokalanow, que ahora acogía también a heridos y refugiados, entre ellos unos 2.000 hebreos.

La detención definitiva sucedió el 17 de febrero de 1941. Las autoridades de ocupación le ofrecen la ciudadanía alemana, dado el origen germano de su apellido, pero él, gran patriota, rechaza el ofrecimiento. Distinta hubiera sido su suerte, si lo hubiera aceptado. Es trasladado a la cárcel de Pawiak, la más dura de Varsovia, "cuyo nombre, dice un autor, hace congelar la sangre en las venas. Aprovecha cualquier ocasión que se le ofrece para ejercer su apostolado. Se sabe que hasta dirigió a un grupo de presidiarios un retiro preparatorio para las fiestas de Pascua y, sobre todo, les hablaba de la Inmaculada".

El 28 de mayo de 1941 fue trasladado el P. Kolbe de la terrible cárcel de Pawiak al más terrible aún *lager* nazi de Auschwitz. Allí permaneció hasta el 14 de agosto de 1941, reducido al prisionero 16.670. Allí, en condiciones infrahumanas y en medio de innumerables vejaciones, su celo apostólico se las ingenia para hacer el bien, consolando, alentando, instruyendo.

Hasta que llegó el día, en que se le ofreció la ocasión del don supremo, de entregar su vida, a imitación del divino maestro. "No hay amor más grande que dar la vida por los amigos" (Jn 15,13). El P. Kolbe la ofrece por un desconocido. En Washington, cerca de la tumba de los Kennedy, en el cementerio nacional de Arlington, está el Monumento al Soldado Desconocido, con esta significativa coletilla, detrás de "desconocido" "but not to God", pero no para Dios. Tampoco para el cristiano hay desconocidos. "Todo hombre es mi hermano". Es difícil valorar en su justa medida el heroísmo sublime de este acto. "Porque, aunque la caridad cristiana cuenta con millares y millones de héroes, un sacrificio como el del P. Kolbe no se hallaba tal vez en los anales de la humanidad hasta el presente"...

* * *

El ofrecimiento del P. Kolbe impresionó a todos los habitantes del campo. La situación era tan desesperante que no les quedaban fuerzas ni ánimos para pensar en los demás. Y uno de ellos ofrecía su vida por un desconocido. Una no leve consecuencia se siguió de inmediato. Consta que los mismos jefes y subordinados nazis, consternados, después del gesto del P. Kolbe atenuaron los malos tratos a los presidiarios, con lo que, según un testigo presencial, "el sacrificio del P. Kolbe salvó la vida de muchos prisioneros".

Aparte de la generosidad del P. Kolbe, al ofrecerse por aquel padre de familia que pedía compasión, otro motivo podemos descubrir en su ofrenda: la salvación eterna de aquellos nueve desafortunados, con los que iba a sepul-

tarse vivo para librarles de la desesperación y prepararlos a una santa muerte. Y así lo hizo efectivamente, según manifestó después el carcelero: les entretenía y elevaba con cánticos espirituales y alabanzas a la Inmaculada, rezaba con ellos el rosario, les confortó y preparó a bien morir, y después de dar la absolución sacramental, uno a uno, los ofreció y presentó a Dios por medio de la Virgen Inmaculada. Un testigo presencial ha declarado que "el eco de los cánticos e himnos a Dios nuestro Señor y a la Inmaculada se difundían por todo el ámbito del campo desde la puerta del macabro bunker, transformado en iglesia por obra y gracia del P. Kolbe".

Una vez hecho el trueque, fueron obligados a desnudarse, y así fueron introducidos en el bunker del hambre, pequeña mazmorra ubicada dentro del bloque de la muerte. El guardia que les acompañó, al cerrarles la puerta, aún tuvo bilis para decirles sarcásticamente un refrán alemán: "Ahí os marchitaréis como tulipanes". Desde entonces no recibieron nada ni para comer ni para beber. Los límites de sufrimiento a los que llegaron quedan expresados en las palabras de un testigo ocular: "los baldes estaban siempre vacíos y secos, cuando pasaban por revisión"... Después de tres semanas habían muerto ya todos, menos el P. Kolbe que seguía vivo, apoyado en la pared y musitando oraciones, después de haber acompañado a los demás en su paso hacia la eternidad. "El buen pastor había terminado ya su tarea. También él tenía derecho al descanso. Ahora ya puede morir" (María Winowska). Pronto le llegará el turno.

Había que desalojar el local para acoger a otros. Había que desembarazarse de aquel hombre superior que hasta en las conciencias impermeables de aquellos jefes, inmunizados para el sufrimiento de sus semejantes, empezaba a hacer mella ya. "Cosa semejante, confesaba uno de ellos, no la había visto jamás". Y el día 14 de agosto, a mediodía, el enfermero le inyectó en el brazo una dosis de ácido muriático para acelerar la muerte, que "es una de las páginas más luminosas de la Iglesia de nuestros días" (Cardenal Wyszynski). Luego aseguraría el carcelero Borgowiec que, apenas inyectado el suero mortal, el rostro del P. Kolbe apareció transfigurado y nimbado de luz esplendorosa. Poco después sus venerables restos eran incinerados. Pero aquellos enloquecidos jefes ya no podían hacer más. El gran apóstol de la Virgen de los tiempos modernos iba a celebrar en el cielo la Asunción de Nuestra Señora. Entonces le ofrecería, como triunfo, las dos coronas, la blanca y la roja, que un día la Virgen le mostró en su niñez.

* * *

Pero una muerte así no se improvisa. La muerte se merece, se prepara, durante toda la vida. ¿Cuál sería la raíz, la vida profunda de este religioso, para que supiera morir así?

Del cristiano matrimonio formado por Julio Kolbe y María Dabrowska, terciarios franciscanos, nacieron cinco hijos. El segundo, llamado Raimundo, nombre que luego cambiaría por el de Maximiliano María, nació el 8 de enero de 1894, en Zduska-Wola, cerca de Lodz en la Polonia Central, entonces ocupada por la Rusia zarista.

¡Polonia! "La nación que tiene la costumbre de decir sí únicamente a Dios, a la Iglesia de Cristo y a su Madre", como afirma, orgulloso, el Cardenal

Wyszynski. Admirable nación, tantas veces sometida, humillada y repartida por las poderosas naciones limítrofes, siempre luchando por su libertad, siempre buscando su identidad en el aglutinamiento unificador de su fe católica. "Ha sido baluarte de la fe contra la Rusia zarista, contra la falsa reforma alemana, como antes lo fue contra los mongoles y los turcos. Incluso hoy día el gobierno de Moscú trata de sustituir la fe cristiana por el credo comunista. ¡Pero en vano!".

Desde niño fue educado por sus padres en una tierna devoción a la Virgen, ternura ardiente que le convertirá en el Caballero de la Inmaculada. Todos los años peregrinaba la familia al Jasna Gora, la pequeña colina que domina la ciudad de Czestochowa, donde se venera la Virgen Negra, la dulce Patrona de Polonia. Ríos de devotos peregrinos —entre los que tuve la dicha de encontrarme el verano de 1977, en unión de mis hermanos sacerdotes, y amablemente acompañados por los Padres carmelitas de Cracovia— acuden en piadosa romería a aquel lugar venerable, todavía no profanado por la invasión avasalladora del turismo.

Un providencial episodio vendrá a acrecentar la devoción mariana del pequeño Raimundo. Tendría diez años cuando después de una represión materna, se sintió agraciado por una aparición de la Virgen. "La Virgen se me apareció llevando dos coronas, una roja y otra blanca en sus manos, y mirándome con gran cariño y ternura, me preguntó si las quería las dos. La blanca simbolizaba que conservaría siempre la castidad y la roja que sería mártir. Le respondí que sí, que quería las dos... Entonces la Virgen se sonrió y desapareció". Así se lo contaba confiadamente a su madre, que tanto había de ayudarle en la perseverancia en su vocación, cuando al sentirse tentado de abandonarla, fue ella la que le ayudó a mantenerse en el camino emprendido. Esta visión marcó para siempre su vida, visión que se cumpliría exactamente.



Como resultado de una misión, predicada por los padres franciscanos en su pueblo, marchó con su hermano mayor a Lwow para hacer el noviciado. Al vestir el hábito, cambió el nombre de Raimundo por el de Maximiliano María. Más tarde, se sentirá muy contento al saber que su fiesta onomástica, el 12 de octubre, coincidía con la fiesta de la Virgen del Pilar de Zaragoza.

Aunque nunca abandonó del todo su afición a la física y a las matemáticas, eran otros los estudios que habían de ocupar preferentemente su atención. Apenas empezados los estudios filosóficos en Cracovia, pasó a Roma para completarlos, enviado por sus superiores, y allí se doctoró también en Sagrada Teología.

Mientras tanto, un nuevo suceso iba a confirmar el rumbo mariano de su vida y la orientación de su sacerdocio. El 20 de enero de 1917, el rector del Colegio de Roma, en una meditación dirigida, recordó que ese día ocurría el 75 aniversario de la aparición de la Inmaculada en la Iglesia de S. Andrea delle Fratte al hebreo Alfonzo María Ratisbona. "Aquella fervorosa meditación hizo saltar la chispa que produjo el gran incendio mariano que se conocerá mundialmente con el nombre de Milicia de María Inmaculada".

Y como el hebreo convertido llevaba ocasionalmente la Medalla Milagrosa, esta misma insignia llevarían los Caballeros de la asociación mariana, que iba

a poner en marcha el P. Kolbe. Fue aquel uno de los días más decisivos de su vida.

En este mismo altar de la Conversión, llamado el "altar del milagro", celebró su Primera Misa el P. Kolbe el 29 de abril de 1918, como recuerda la lápida de mármol allí colocada. Y a este altar acudía el P. Kolbe en los momentos más importantes de su vida, en demanda de protección y auxilio.

Ante el altar de la Virgen se había confirmado su misión, había empezado a ejercer su sacerdocio. Dios le había ido preparando, el joven estudiante había ido respondiendo: se habían ido realizando encuentros con el Señor, cada vez más claros y profundos.

Desde ahora todas sus actividades brotarán de su condición sacerdotal. En el momento supremo de su vida, al ofrecerse como víctima voluntaria, éste será su carnet de identidad: "Soy sacerdote católico". Como maestro y ejemplo de sacerdotes le propondrá el Papa, según confirma la Carta Colectiva del Episcopado polaco, después de su Beatificación: "El Santo Padre quiso presentar en la Basílica de San Pedro un modelo de sacerdote moderno que dio su vida para salvar la de un seglar, padre de familia, pues no basta con hablar del sacerdocio, sino que es necesario ofrecer un modelo para hoy".

Dedica todo su empeño e ilusión en la fundación de la Milicia de María Inmaculada, para "la conversión de los pecadores y extensión del Reino de Dios por medio de la Inmaculada". Ya descansaremos después de la muerte, solía decir. "Con increíble audacia y extraordinario talento organizador desarrolló el P. Kolbe esta iniciativa e hizo de la devoción a la Virgen, contemplada en su vestidura azul (Ap 12. 1), el punto final de su espiritualidad, de su apostolado, de su teología" (Pablo VI).

* * *

Vuelto a Polonia, alterna su tiempo entre Cracovia, como profesor, y Zakopane, donde pasa temporadas enfermo de tuberculosis. Una *idea fija* le acompañaba siempre: "¡Todo por la Inmaculada! Entregarse como cosa y propiedad de la Inmaculada. He aquí nuestra consigna y orden del día".

La Milicia de la Inmaculada se extiende por el mundo. Edita el periódico *El caballero de la Inmaculada*. Ante su gran difusión, y con diversos y providenciales donativos, crea una instalación tipográfico-editorial propia en Grodno. Se traslada luego junto a la ciudad de Sochaczew, a unos 40 kilómetros de Varsovia, y aprovechando la donación de unos terrenos, construye el gran complejo de Niepokalanow, que en polaco significa "Ciudad de la Inmaculada", en la que llegan a vivir 700 religiosos. Una gran actividad editorial se desarrolla allí a las órdenes de quien ha sido propuesto que sea declarado "Patrono de la prensa católica". Instala una emisora de radio, construye una estación de ferrocarril, y otros muchos proyectos bullían en su mente. Niepokalanow, con su santuario a la Inmaculada, se convierte así en el mayor centro mariano de Polonia, después de Czestochowa.

Armonizaba perfectamente su gran actividad con su profunda vida de oración. "Ora y haz lo que quieras", solía decir parafraseando a San Agustín. "Orando, repetía, se aprende y se consigue más que estudiando. La oración es nuestro más importante trabajo". Hombre emprendedor e imaginativo, practi-

caba a la vez la más absoluta obediencia. Comparando la obediencia con la fe que se necesita para adorar al Señor, oculto bajo las especies sacramentales decía: "En la obediencia santa sólo vemos la persona humana del superior, pero creemos que a través suyo ordena y dispone Nuestro Señor, que nos tiene dicho: El que a vosotros escucha, a mí me escucha" (Lc 10,16).

Además del carisma mariano, vivió también intensamente el carisma misionero. Así lo demostró en los años pasados en el Japón, donde editó con gran éxito el Caballero de la Inmaculada, y fundó dos Ciudades de la Inmaculada. Lo mismo intentó en Rusia, India, Indonesia y Ceilán, aunque diversas dificultades lo impidieron.



El P. Maximiliano María Kolbe fue beatificado por el Papa Pablo VI el 17 de octubre de 1971. Fue un gran premio del cielo para toda Polonia, la mártir. Otro hermoso premio sería también, el 16 de octubre de 1978, la elección del Cardenal de Cracovia, Karol Wojtyła, como Sumo Pontífice, con el nombre de Juan Pablo II, el hombre todo cabeza y todo corazón, de personalidad impresionante y de impresionante sencillez. Y de una acendrada devoción a María también, como el P. Kolbe, hasta el punto de haber escogido un lema mariano para su tarea episcopal: *Totus tuus*, todo tuyo, y de haber inscrito la *M* en su escudo papal.

Testigo excepcional de la beatificación fue el exsargento del ejército polaco, Francisco Gajowniczec, por quien había ofrecido su vida el nuevo Beato en un campo de concentración. Gajowniczec fue recibido en audiencia por el Papa. Tuvo que ser para él una jornada de hondas vivencias y de inefables remembranzas.

Hubo otra presencia consoladora en la glorificación del B. Kolbe. Junto a la delegación oficial de Polonia, acudió también una delegación de Alemania, como signo de reconciliación de los dos países, para rezar juntos a los pies del B. Kolbe, "puente de unión entre todos los pueblos", en palabras de Daniel Rops.

El P. Kolbe es la primera víctima de los campos de concentración elevada a los altares. Están introducidas también las causas de beatificación del carmelita holandés P. Tito Brandsma, víctima nazi en el campo de Dachau, y de la carmelita alemana, de raza hebrea, Edith Stein, sacrificada en Auschwitz.

¡Auschwitz! Nombre fatídico que el pueblo polaco y el pueblo hebreo —y el mundo entero— quisiera olvidar. Visitar hoy Auschwitz, recorrer aquel campo de desolación, penetrar en aquellas simas sin fondo del sufrimiento humano, donde aún se percibe la cascada cósmica de los ayes y congojas de la humanidad, no puede hacerse sin experimentar una pena infinita y un vértigo mortal. Recordar la ofrenda suprema, el gesto único, el testimonio asombroso del P. Kolbe, enciende todavía una luz de esperanza para esa misma maltrecha humanidad. Como escribió el Cardenal Wojtyła, "con esta revelación particular del amor —ofrecer su vida por otro compañero de prisión— pasó, a través de aquel infierno, sobre la tierra el soplo de una intrépida e indestructible bondad, una especie de sentido de la salvación. Murió un hombre. ¡Pero se salvó la humanidad! ¡Tan estrecho es el vínculo entre el amor y la salvación!

EL VAGABUNDO DE LA CARIDAD

“El monje Panteleimón se dirigió hacia la salida, pero antes se prosternó hasta casi llegar al suelo para despedirse de Panselín, perseguido a muerte por la justicia. Lo hizo como si estuviera ante un icono de Jesucristo y su reverencia trastornó profundamente a Panselín. Para él era un acto de amor y humildad absolutamente nuevo. Entre los monjes existe la costumbre de saludar haciendo una profunda reverencia lo mismo a los hombres que a Dios, porque consideran que el hombre es el templo del Espíritu Santo e imagen de Dios. Panselín estaba encendido de emoción y ruborizado. Si hubiera recibido antes una prosternación semejante habría recibido ánimos para toda su vida, porque aquella era la primera vez que tomaba conciencia de su persona y de su humana dignidad. Cuando se hubo marchado Panteleimón, Panselín se durmió feliz, olvidándose de todas sus desventuras. La prosternación que el monje le había dedicado acababa de revelar le su dignidad de hombre dueño de la tierra. El sueño de Panselín era propio de un rey” (Gheorghiu). La noble figura de Raúl Follereau reverenció también y supo reconocer en toda persona la imagen de Dios, dio a todo hombre marginado motivos de esperanza y le enseñó a descubrir su propia dignidad. La dignidad del hombre, uno de los temas favoritos de Juan Pablo II.



Raúl Follereau recordaba muchas veces con emoción la *escena* que en 1935 había sido *decisiva* en su vida. “Nuestro coche acababa de cruzar aquel poblado de Africa cuando hubimos de detenernos junto a un riachuelo para echar agua al motor. Al punto se asomaron entre la espesura unos cuantos rostros asustados y después unos cuerpos famélicos. Les grité que se acercaran. Pero unos echaron a correr, mientras los demás, los más valientes, sin dejar de mirarme con unos ojos fijos y doloridos, permanecieron inmóviles. ¿Qué son esos hombres? —Leprosos, me respondió el guía. ¿Por qué están ahí? —Son leprosos. —Comprendo. Pero, ¿no estarían mejor en el poblado? ¿Qué han hecho para que se les excluya? —Son leprosos, respondió el guía, taciturno y testarudo— Al menos, se les atenderá... Mi interlocutor se encogió de hombros y se calló. Fue aquel día cuando aprendí que existía un crimen imperdonable, acreedor a aquel castigo, un crimen sin recurso ni amnistía: la lepra. Y fue aquel día cuando decidí no luchar más que por una sola causa, una sola causa durante toda mi vida: la de esos millones de

hombres, a los que nuestra ignorancia, nuestro egoísmo y nuestra cobardía han convertido en leprosos”.

Fue el *pistoletazo* que señalaba el *comienzo* de una *carrera imparable* hasta el último aliento de su vida. Desde entonces visitó, abrazó y llenó de esperanza a miles de leprosos de todo el mundo. Fue el hombre de una sola idea. Con razón ha sido llamado *Apóstol de los Leprosos*, y *Vagabundo de la Caridad*.

* * *

Follereau había nacido en Nevers (Francia) en 1903. Fue un fino poeta, y comediógrafo de éxitos rápidos y duraderos. Desde sus primeros libros apunta ya una honda sensibilidad humana. A los 17 años publicó su primer libro, *El libro del amor*. A los 19 *El otro sueño*, en el que defiende a los pobres, a los afligidos y a los miserables. Ha publicado medio centenar de libros y folletos que acompañan su batalla permanente contra el egoísmo, la ignorancia y la cobardía. Con sus libros y con su vida denunció el egoísmo de “los que comen tres veces al día y se imaginan que el resto del mundo hace lo mismo”. Ha sido medio siglo de “batallas contra la lepra y contra todas las lepras”. Quiere suscitar una nueva sociología de la fraternidad, teniendo como puntos de orientación estos lemas: “La única verdad es amarse. Nadie tiene derecho a ser feliz a solas. La civilización es amarse. Bomba atómica o caridad. Amarse es el Paraíso”. En todos sus viajes y tareas le acompañaba su esposa Madeleine, su incansable y más fiel colaboradora.

* * *

Sus más importantes iniciativas son: La Hora de los Pobres, y la Batalla de la Lepra, y Un día de guerra para la paz. En 1942, refugiado en un poblado de Francia, contempla los tristes efectos de la guerra. Para aliviar tanta pena propone emplear algo de lo que se inventó para matar. Así nace *La Hora de los Pobres*. Propone que cada uno consagre al menos *una hora al año de su salario*, ingresos o beneficios, para alivio de los desgraciados. Su objetivo es crear “una inmensa cadena de amor”. Insiste en el significado del gesto. No es sólo dar algo. Es dedicarles ese rato de vida, pensar en ellos. Es una obra de amor. No es una limosna. Es un acto fraternal. Cuatro años más tarde, en 1946, fundó la Orden de la Caridad, ligada estrechamente a la Hora de los Pobres. Los frutos fueron sorprendentes.

La realidad sobrecogedora de la lepra, que un día en 1935 le golpeó fuertemente en su interior, ya nunca le abandonará. La lucha tenaz contra la lepra y contra el hambre —contra todas las lepras— se convirtió para él en la única razón de su existencia y a ella dedicó su vida entera. Los leprosos, dice, son la más dolorosa minoría oprimida del mundo. En apoyo de *La batalla de la lepra* ha dado 32 veces la vuelta al mundo y ha visitado 95 países. En 1952 pide a la ONU un estatuto para los leprosos y propone sustituir las leproserías —prisión por centros de tratamiento.

En 1954 funda la *Jornada Mundial de los Leprosos*, que se ha convertido en “una inmensa cita de amor”. El objetivo era que los enfermos de lepra

fueran cuidados como los demás enfermos y desapareciera el estigma que pesa sobre ellos, y a la vez curar a los sanos del miedo absurdo a esta enfermedad. Un logro muy concreto fue la fundación de un Instituto de Lepra en Costa de Marfil. En cierta ocasión visitó una leprosería. Vivían como en un campo de concentración. Rompiendo las normas dio la mano a todos. Ellos se sintieron personas y rieron con él. Al marchar, un vigilante lo retrató: ha hecho reír a los leprosos.

Otra de sus grandes batallas fue la creación de *Un día de guerra para la paz*. Ya en 1944 lo había propuesto a Roosevelt, pero sin respuesta. En 1954 se dirige a los dos grandes, Eisenhower y Malenkov. Les pide que entreguen para obras de paz lo que les costaba un día de guerra, para convertir las armas de muerte en obras de vida. Renuncien cada uno de Vds., les dice, a un avión de bombardeo y nosotros podremos atender a todos los leprosos del mundo. Si Vds. siguen armándose, morirán. Y moriremos todos con Vds. No hay otra alternativa: bomba atómica o caridad. Amarse o desaparecer. De nuevo recibe la llamada por respuesta. Igualmente le sucede cuando en 1962 se dirige a todos los jefes de Estado del mundo.

En 1964 pide a U Thant que todas las naciones de la ONU entreguen de sus presupuestos lo que les cuesta un día de armamento para luchar contra el hambre, el turgio y las grandes epidemias. Sigue clamando: *Un día de guerra para la paz*. Es un grito que encuentra una generosa acogida en la juventud. Tres millones de jóvenes de 125 países firman el llamamiento, que es aprobado por la ONU en 1969. Estos tres millones de jóvenes forman los Comandos de la Fraternidad para emprender estas campañas. Un joven confesaba: "He aprendido que era preciso amar gracias a Raúl Follereau, que nos ha mostrado qué es el amor. He comprendido que es formidable vivir en un grupo donde todo el mundo está unido en el mismo amor".

* * *

Los gestos de Raúl Follereau sorprenden por su coherencia. Su vida está marcada por una gran tenacidad. Sus gestos y su vida van acompañados de la siembra generosa de una doctrina que va esparciendo incansablemente. Vale la pena insistir y pormenorizar el nervio y los grandes lemas de su mensaje.

A mi felicidad sólo le falta una cosa: verla extendida a toda la tierra. No digáis: yo, ellos, sino nosotros. Vivir es ayudar a vivir. Dios es amor. El corazón es la llave del cielo, es la gran fuerza del universo, la única fuerza invencible y creadora. Sólo la bondad lleva a la alegría. Ya decía Sócrates que la virtud es idéntica a la felicidad. ¿Por qué no hacer de mi vida, de todos los días de mi vida, una sola obra de amor? Toda alma ganada para la caridad, está ya en el camino de Dios.

Saber sin saber amar no es nada. Y a veces peor que nada. La caridad no es la limosna desdeñosa. Esa limosna es el fantasma, la caricatura de la caridad. Dar sin amar es una ofensa. La caridad es la proyección del rostro de Cristo sobre el rostro del hombre, del que sufre, el perseguido. Los hombres mucho tiempo han vivido los unos o los otros. Deben vivir todos juntos, los unos para los otros. *Nadie tiene derecho a ser feliz a solas.*

El mal del siglo es el dinero. El billete de banco se ha convertido en el fetiche de la felicidad. La caridad no es el dinero. Es un acto de amor. Señor,

defiéndenos del dinero. Señor, salva el amor de la inteligencia que traiciona, de la máquina que esclaviza, del dinero que corrompe. Para desembarazarse de la caridad se la ha reducido a la limosna. Para escapar de la caridad, se "hace caridad". Pero la limosna sin amor no es nada. Y el primer signo del amor es la justicia. Y el fruto de la justicia es la paz. No basta la compasión, esa forma enclenque del amor. La civilización no es el número, ni la fuerza ni el dinero. *La civilización es amarse*. El triunfo no será del poder ni del dinero, sino del amor. Sin él nada es posible, con él nada es imposible.

No digamos: mis pobres. Los pobres no son nuestros. Somos nosotros quienes les pertenecemos a ellos. No hay que decir: mis pobres, como una niña dice: mi muñeca. No se puede jugar a las muñecas con los pobres. La caridad es ante todo descubrir y respetar al hombre en el pobre. Organicemos la epidemia de la caridad. Hay que poder llegar a decir: lo que yo tengo es lo que he dado. Pero no se trata de dar un poco de lo que sobra. Amar no es dar, sino compartir. La caridad —no el jefe— tiene siempre la razón. La última palabra la tiene siempre el amor.

¿Qué es un camino que no lleva a ninguna parte? Lo mismo es la vida sin Dios. Al suprimir a Dios del destino humano se ha creado la civilización del hastío y la desesperanza. *La única verdad es amarse*. Sin eso no hay genuflexiones, ni campanas, ni cuasemas que valgan. Si no amas no eres cristiano. Cristiano es el que da la mano, y el que no da la mano no es cristiano, decía Peguy. No se puede entrar en el cielo con las manos puras, si están vacías. Tienen las manos tan limpias que no tienen manos. Algunos pensarán que el cristianismo ha fracasado. Pero los hombres, afirmaba Chesterton, no están casandos de cristianismo, pues nunca lo han conocido lo suficiente para cansarse de él. Las religiones, las civilizaciones resecaadas han hecho manuales de *saber vivir* y de *compostura*. Pero el cristianismo es la revolución mediante la caridad. Ver en todo ser humano un hombre, y en todo hombre, un hermano: ésa es la Ley. Y si no tē preocupas de tu hermano, ve a unirte con Caín. Señor, enséñanos a amar primero a los que no son amados. Señor, haz que nos duela el dolor de los demás. Señor, enséñanos a comprender que repartir con amistad las riquezas del mundo es tomar parte en tu creación.



¿De qué sirve dar algo a los leprosos si no se le les da la mano? Señor, ahí tienes a los leprosos: los egoístas, los impíos, los comodones, los miedosos, los que no hacen nada de su vida. Hay 15 millones de leprosos en la tierra. Reciben ayuda dos o tres millones. Los demás —¡12 millones!— aguardan. Pero la lepra no espera. Si aceptas esto sin cólera ni remordimiento, entonces tú eres el verdadero leproso. En cambio si hay amor, siempre se puede hacer algo. Si un hombre da cada día un golpe de azada, por más que el terreno sea de roca, termina siempre por abrir un camino.

Ser feliz es hacer felices a los otros. Quien hace el bien, no sabe nunca todo el bien que hace. Nunca se está solo cuando se tiene un sueño para realizarlo. Lo importante no es lo que se es, sino lo que se ofrece: Y ¿qué es lo que hay que ofrecer? Para el pobre hay algo peor que la pobreza: la soledad. Lo que el pobre necesita es aliento, comprensión y amistad. Ayudar es ante todo comprender, escuchar. No se trata de dar al pobre un poco de lo que

nos sobra —¡la caridad del hueso que se tira al perro!— sino de hacerle partícipe de nuestra vida.

Pero también hay que pensar, en el hambre. Actualmente pasan hambre dos terceras partes de la humanidad. Pronto serán tres cuartas partes, y más tarde cuatro quintas partes... Si en este mismo siglo la conciencia humana no es agitada por un irresistible impulso de amor, el hambre de los hombres precipitará el fin del mundo. Que Dios nos conceda a todos pesadillas si esas pesadillas no llevan al camino de nuestros hermanos. Lo que hay que hacer es impedir que los responsables se duerman. Aunque de esto ya se preocuparán los hambrientos. Pues, como dice un autor, los hombres pronto se dividirán en dos clases: los que no comen y los que no duermen. Los que no comen porque no tienen alimentos. Y los que no duermen, por miedo a lo que pronto les harán los que no comen.

El que no tiene caridad carece también de imaginación. La vida es su vida. El no sabe, ni ve ni entiende. Cuando uno tiene todo, no hace proyectos: no tiene más que caprichos. Sólo piensa en sí mismo: ¡no querías que, encima, sea dichoso!

¿Por qué el siglo del átomo se ha convertido en el siglo de la bomba atómica? Porque el amor ha desertado del mundo. Por tanto, *bomba atómica o caridad*. Los hombres van a la luna, unos cuantos disfrutaban de todos los adelantos, mientras tantos otros carecen de lo más elemental.

Pero hay que elegir, inmediatamente y para siempre. O los hombres aprenden a amarse, a comprenderse, y el hombre comienza a vivir para el hombre, o los hombres desaparecerán, todos, todos juntos. Si el hombre quiere, tiene a su servicio una fuente inagotable de energía y calor. Nadie tendrá frío ni nadie tendrá hambre. Pero si el hombre se empeña, vendrá la dispersión de la tierra, la desaparición de la especie humana.

¿Es que realmente no encontrarán Vds. nunca para atender a los pobres, para alimentarlos, para educarlos, señores de la guerra y de la paz, la milésima parte de lo que han sacrificado durante años para matar, odiar y destruir? Si no damos marcha atrás, inmediatamente, vendrá la catástrofe. Por tanto, menos carros de combate y más arados. Para todos. Menos bombarderos y más hospitales. Para todos. Menos bombas y más pan. Para todos. Desarmaros para poder amar. Compartid para poder ser amados.

• • •

Follereau veía que las fuerzas físicas le faltaban ya. Pero él quería seguir hablando después de muerto. Por eso, poco antes de morir, publicaba el mensaje para la XXV Jornada Mundial de los Leprosos que se celebraría en enero de 1978 cuando él había entrado ya en la eternidad. Evoca con acento conmovido el camino recorrido, los frutos logrados. Sabía que esa cita de amor seguiría adelante. ¿Recordáis, pregunta, hace 25 años, mi primer llamamiento, cargado a la vez de indignación, esperanza y amor? El movimiento es irreversible. El amor ha vencido, las murallas han caído, símbolo de la cadena fraternal que debe un día unir a toda la tierra.

Pero no hay que profanar el sentido de la campaña, ni dejarse arrastrar por el señuelo del dinero, por el vértigo de las cifras. No convirtáis ese

impulso de amor en una máquina de sacar dinero. No olvidéis jamás que no administráis unos fondos, sino que sois depositarios de amor y responsables ante los pobres.

Al final, como despidiéndose de ellos, les dice con el corazón enternecido: Hijos míos, amigos míos, hermanos míos, toda mi vida me he batido por vosotros. Hemos conocido momentos difíciles, pero hoy, al hacer inventario de nuestro pasado, sabemos —mi mujer y yo— que os debemos las mejores horas de nuestra existencia. Y somos nosotros los que os damos las gracias. Pensad alguna vez en vuestro padre Raoul y en vuestra madre Madeleine. Han gastado su vida en amaros. Y os seguirán amando más allá de sus vidas.



En distintos momentos de su vida se había dirigido a la juventud en tonos proféticos. Estad dispuestos a morir por la fraternidad. No penséis en vuestros caprichos. Pensad en los que sufren urgentes necesidades. No se trata de enjugar lánguidamente una lágrima: eso se hace demasiado pronto. Ni tampoco de tener un instante de piedad: eso es cosa demasiado fácil. Se trata de tomar conciencia y no seguir consintiendo. De no aceptar un cristianismo negativo, asfixiado en un laberinto de fórmulas y prohibiciones. *No aceptar el ser feliz a solas*. Ante la miseria, la injusticia, la cobardía, no renunciéis jamás, no aceptéis componendas, no retrocedáis. Luchad, combatid. Sed intransigentes en el deber de amar. No cedáis, no transijáis. Reíos ante quienes os hablen de prudencia y oportunidad, ante quienes aconsejan mantener el fiel de la balanza, miserables campeones del justo medio. La mayor desgracia que puede sucederos es no ser útiles a nadie, que vuestra vida no sirva para nada.

En noviembre de 1977, un mes antes de morir, dirige su postrer *Mensaje a los jóvenes*, que él llama *Mi Testamento Espiritual*. "Señor, yo quisiera poder ayudar a los otros a vivir". Esta fue mi oración de adolescente. Creo haber sido durante toda mi vida fiel a ella. Ahora os la ofrezco a vosotros para que completéis lo que yo no he sabido. *Declaro mi heredera universal* a la juventud del mundo. A toda la juventud del mundo: de derecha, de izquierda, del centro, de arriba. No me importa. A toda la juventud: la que ha recibido el don de la fe, la que actúa como si creyera, la que cree no creer. No hay más que un cielo para todos.

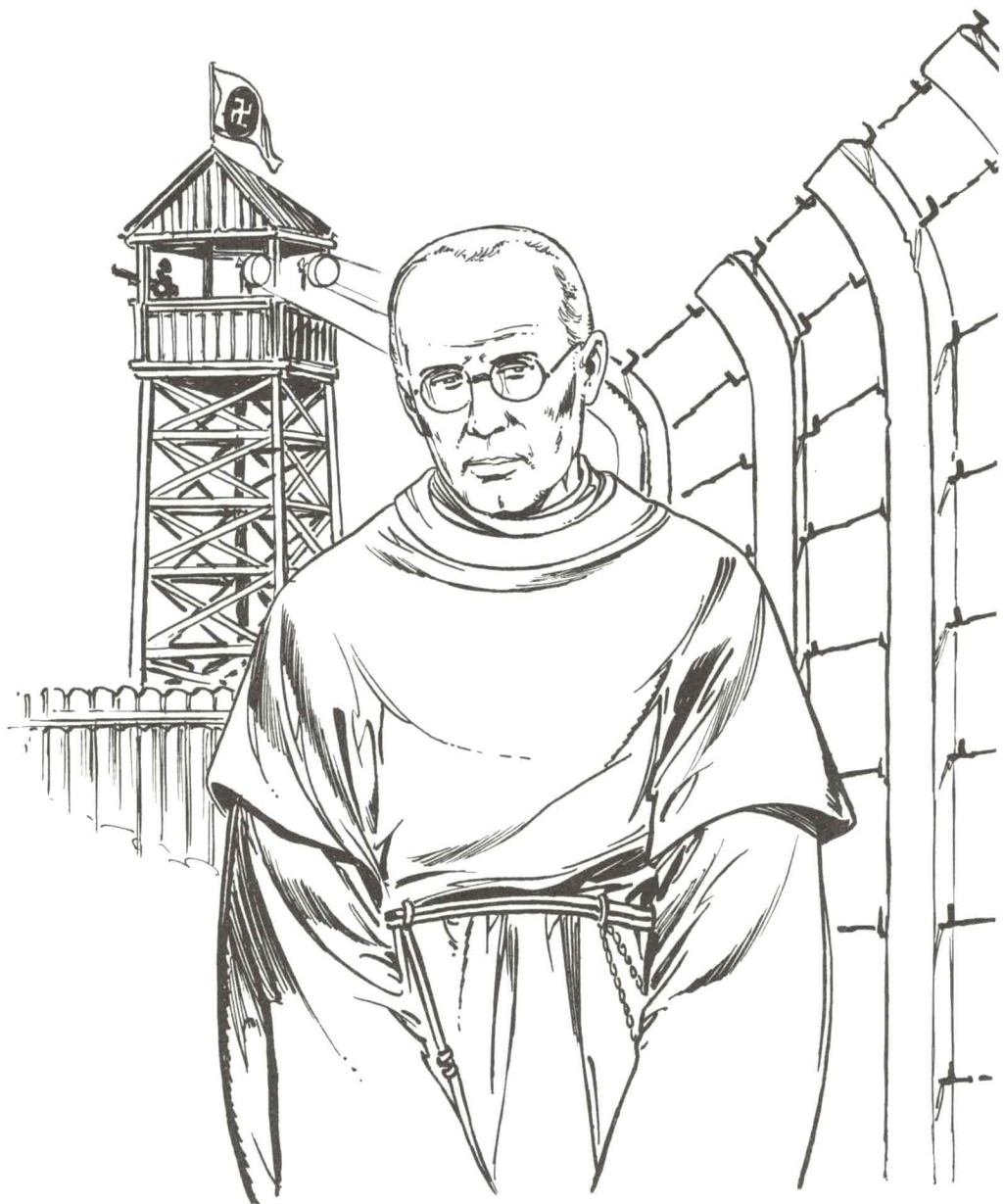
Amarse o desaparecer. Y no basta decir como un papagayo "paz, paz", para que la paz vuelva a la tierra. Hay que actuar, a fuerza de amor, a golpes de amor. Renunciad a las palabras altisonantes, pero vacías. No arreglaréis el mundo con signos de exclamación. Alejaos de aquellos para quienes todo se explica, resume y valora en billetes de banco. Sed ricos con la felicidad de los otros. En el corazón de cada hombre hay tesoros de amor. Vuestra tarea es hacerlos surgir. Sed vosotros mismos, no otros. Huid del cobarde placer del anonimato. Cada ser tiene un destino único. Realizad el vuestro con los ojos abiertos, exigentes, leales. Si algo le falta a vuestra vida es porque no habéis mirado bastante hacia arriba. ¿Todos idénticos? No, pero todos iguales, y todos juntos. Entonces seréis hombres, hombres libres. Trabajad. Uno de los males de nuestro tiempo es considerar el trabajo una maldición, cuando es redención.

La única verdad es amarse. Amarse unos a otros. No a horas determinadas, sino toda la vida. Amar a los pobres, a los dichosos (que a menudo son pobres diablos), amar al desconocido, amar al prójimo que está en el fin del mundo, amar al extraño que está a nuestro lado. Amar. Ante el hambre, el terror, la asfixia, la corrupción, nos queda sólo este supremo y visible recurso: *ser verdaderamente humanos.* Entonces... ¿mañana? El mañana sois vosotros.

• • •

Raúl Follereau rendía su vida, fecunda y generosa, en París el 6 de diciembre de 1977. Fue un hombre fiel, incansable y consecuente. Toda su vida fue una siembra de altos ideales. Abrió caminos y despertó afanes. Fue luz y sal, como pide el Evangelio. A los leprosos les dio el mejor regalo que podía ofrecerles: la esperanza. A todos nos ha ayudado a adquirir conciencia de que se puede y se debe acabar con la lepra y con todas las lepras.

Raúl Follereau se sintió muchas veces profeta. A todos nos ofrece una oración para el año 2000: "Año 2000 ¿Tiempo de miedo o primavera de amor?... Como el alba trae la aurora y luego el día, quiera tu amor, Señor, que los hijos del año 2000 nazcan en la esperanza, crezcan en la paz, y se apaguen finalmente en la luz, para encontrarte a Ti que eres la vida".



POR LOS POBRES MAS POBRES

“Vosotros sois las más grandes artistas del mundo. Los escultores, en su arte, tallan la piedra, la madera, el mármol, para realizar la belleza ideal de sus sueños. Una religiosa corta en su propia carne, en sus pensamientos y en sus sueños eliminando todo lo que resulta superfluo, inútil o desagradable. Al igual que los escultores cortan y desprecian los pedazos de piedra, la religiosa quita de su persona, cortándolas y rechazándolas, la riqueza mundana, la familia, la posición en el mundo. Pero la religiosa no se contenta con eso. Una religiosa quiere transformar su propia persona a la imagen y semejanza de Dios. Por ello acorta y rechaza lo que no es estrictamente necesario. Y acorta el sueño, su alimentación, sus pensamientos. Toda religiosa lleva a cabo una actividad artística. Su ideal consiste en convertir su persona en la belleza suprema, la belleza de Dios. La obra realizada es superior a todas las obras de arte de la tierra. Puesto que las obras maestras creadas por los artistas son mortales. Las estatuas pueden ser destruidas. Las pinturas, los libros y las partituras musicales quemadas o perdidas. La belleza de la santidad permanece al margen de toda destrucción, pues es de esencia divina. Es la única obra maestra que dura en la eternidad. La obra maestra que todo asceta esculpe en su propia persona” (Gheorghiu). La obra maestra en que se ha convertido la vida de al Madre Teresa de Calcuta es de una belleza sobrecogedora, con proyección universal y eterna.

* * *

Empezó siendo conocida como Madre Teresa de Calcuta. La llaman también Madre Teresa de los Moribundos, de los Pobres más Pobres, de los Leprosos, de los Niños Abandonados, de todos los que necesitan compañía y un gesto de cariño.

Al nacer en 1910, su ciudad natal Skopje pertenecía a Albania, pero después pasó a depender de Yugoslavia. Hoy, Madre Teresa, nacionalizada india, es ya ciudadana del mundo, la Hermana Universal. “Madre Teresa”, simplemente como José Luis González-Balado, promotor de los Amigos de Madre Teresa en España, titula la vida de esta gran mujer.

Bautizada con el nombre de Inés, lo cambió luego por el de Teresa. Lo hizo por cariño a la de Lisieux, ya que “le parecía demasiada pretensión emular a la de Avila”. De hecho lleva camino de ocupar un lugar de honor entre las dos Teresas, “ambas mujeres de una entereza y una fibra humana que evocan ahora la decisión y la ternura de esta contemporánea nuestra” (Lamet).

El reportaje televisivo de Malcolm Muggeridge le ha dado, más que nadie, a conocer.

¿Quién es esta mujer, vestida con su sencillo sari indio, que pone en movimiento, en todas partes, a todos los medios de comunicación social? ¿Qué representa esta mujer para que el poderoso y sensacionalista semanario Time, que tanto cuida sus portadas, haya preferido, en el momento oportuno, "el rostro ajado de Madre Teresa" a todos los políticos y artistas y a las más famosas estrellas? ¿Qué hechos explican la avalancha de premios que han llovido sobre ella: Premio de la Orden de Loto, Magsasay, Pandit Nehru, Buen Samaritano, Fundación Kennedy, Mater et Magistra, Albert Schweitzer, Juan XXIII de la paz, Templeton?...

Es una mujer de mirada aguda y penetrante, dulce y compasiva. Se palpa su sencillez de origen, como sucedía con Juan XXIII. Pero una llama ardiente quema su corazón. Los sencillos y humildes, que han percibido en su carne el calor de esta llama, la reconocen y se lo agradecen con lágrimas de emoción. Los ilustres la proclaman y ensalzan con palabras de encomio sin igual.

"Santos vivos entre nosotros", se titulaba la portada de Time con Madre Teresa. "En presencia de Madre Teresa todos nos sentimos un poco humillados y avergonzados de nosotros mismos" (Indira Gandhi). "El mundo de hoy tiene desesperada necesidad de una bondad y de un amor concreto como el suyo" (Felipe de Edinburgo). Puede ya incluirse entre los santos modernos que alumbrarán el futuro de la Iglesia y del mundo. Más que un ejemplo es hoy un símbolo: del amor sin el cual nada es posible. Tiene un corazón grande como el mundo. Es un signo de la presencia de Cristo en el mundo en que vivimos... Y, entre otros muchos, el testimonio de Pablo VI: "En Madre Teresa se encarna el supremo valor de la fraternidad humana".

La razón de tantos premios, de elogios tan ecomiásticos, podíamos resumirla así: es una mujer que se ha tomado en serio el Evangelio. Nada más. Y nada menos. Habla cuando es necesario y le piden una explicación. Pero no es su hobby el hablar. Sus gestos son sus palabras. "La aventura del amor, encomendada a los cristianos, todavía no se ha emprendido con fuerza y globalmente. Vosotros, cristianos, deberíais ser como la rosa: la rosa no necesita predicar. Sencillamente difunde su fragancia alrededor. Su perfume es su predicación". Así hablaba Mahatma Gandhi, que caería asesinado en 1948. Por ese año, la "rosa" que Gandhi anhelaba, empezaría a difundir su fragancia, emprendería la aventura del amor. Primero en la India, luego por el mundo entero. "Amor sin fronteras", como dirá el título de una biografía sobre Madre Teresa, escrita por Gorrée.

* * *

La joven yugoslava, de origen albanés, oyó hablar un día a un jesuita, misionero en la India, sobre las necesidades y misterio de aquel inmenso país. Entonces nació en ella el deseo de ser misionera, de entregarse al servicio de sus semejantes. Fue una primera llamada de Dios. Entra en la Congregación de las Hermanas de Nuestra Señora de Loreto. Marcha a la India y la destinan como profesora en un Colegio de Calcuta. Madre Teresa confiesa que le

encantaba el contacto con las alumnas, que le gustaba ser profesora de geografía, que, a través de estos contactos y estudios, quería acercarse al hombre y al mundo en que vivía. Pero, poco a poco, empieza a sentirse incómoda, se encuentra como inmersa en un mundo artificial, desea palpar más a lo vivo los mil problemas que sufren las gentes de Calcuta. Busca algo que dé más plenamente sentido a su vida.

“¿Qué ha sido lo más importante que ha vivido usted?, pregunta Juan J. Morales en una entrevista. Madre Teresa contesta con unas palabras que encierran la clave de toda su existencia: “Lo más importante que he vivido en mi vida ha sido mi encuentro con Cristo. El es mi sustento y mi vida”.



Podemos concretar los hechos y fechas que son como los hitos de su encuentro con Cristo, los momentos que más agudamente golpearon su fina sensibilidad cristiana, y que le ayudaron a descubrir mejor su vocación. Mientras tanto, muchas horas y días y meses de oración, de reflexión, de meditación a la luz del Evangelio. “La lectura del Evangelio me había impresionado de manera particular más de una vez, en el punto en que Cristo afirma que lo que se hace por los pequeños, por los que tienen hambre, por los enfermos y abandonados, es como si se hiciese por El. Me pareció descubrir entonces mi verdadero camino y acepté lo que se me presentó nada más que como un maravilloso don del cielo”.

El 10 de septiembre de 1946 se trasladaba en tren desde Calcuta a Darjeeling para practicar una tanda de Ejercicios Espirituales. Las imágenes que contempla de las condiciones infrahumanas de los arrabales de Calcuta eran alucinantes. Aquella noche no pudo dormir. Vio sufrir a sus hermanos. Sintió la vivencia de que eran sus hermanos de verdad. Vio al Señor sufrir en ellos. Se vio a sí misma entre los más necesitados, como humilde cireneo de todos. Y oró con gemidos al Señor que le concediera la gracia de *no acostumbrarse* a contemplar, impasible y a distancia, el sufrimiento de los demás. Aquellos Ejercicios tuvieron para ella una efervescencia muy particular.

Siguió madurando la idea, como le aconsejaban sus superiores. Mientras tanto, a todas horas, *veía* los moribundos y niños abandonados por las calles, que le tendían las manos suplicantes, en demanda de cariño y compasión. Esta *visión* le traspasaba las entrañas. Con permiso de sus superiores, deja la Congregación y el Colegio en agosto de 1948.

Hace un curso acelerado de práctica sanitaria y empieza al momento de prestar auxilios a enfermos desahuciados que encuentra por las calles, y a dar clases de niños abandonados que reúne en un parque. Busca locales y medios para atender a tantas necesidades. Surgen las primeras dificultades. La prueba purificadora no podía faltar. Se siente sola y cansada. Se acuerda del Colegio... Entonces acude, en busca de auxilio, a la oración: “Por libre elección y amor hacia ti, Dios mío, quiero permanecer fiel a mi decisión y hacer sólo tu voluntad”.

Una tentación muy fuerte le viene de parte de su alumna más distinguida que va a visitarla y a pedirle que vuelva al Colegio. Pero la vida y la entrega sin límites de su antigua profesora le impresiona tan vivamente que es ella la

seducida y se queda con Madre Teresa. Otras alumnas, compañeras suyas, seguirán sus pasos, y serán la base de la nueva Congregación, Misioneras de la Caridad, que queda constituida en 1950. Jóvenes indias de la alta sociedad vestirán el sari del pueblo, como símbolo de integración, y entregarán sus vidas en favor de los humildes y desheredados.

Como "se hace camino al andar", poco a poco se va concretando más el campo de acción de Madre Teresa y sus Hermanas. "Un día, sería en 1952, me encontraba fuera del convento, cerca del Hospital de Campbell, en Calcuta, cuando vi a una pobre mujer que estaba agonizando en la misma puerta del hospital. La recogí y traté de conseguir una cama en el hospital, pero nadie me hizo caso porque se trataba de una mujer pobre. Tuve que cerrarle los ojos en medio de la calle". Esto fue como el último foganazo que lo aceleraba todo. Eran tantos los pobres, tantas las necesidades, que no podía llegar a todo. Entonces hizo su elección: Se dedicaría a los pobres más pobres.

Pocos días después se encontró con un caso similar. Vio una mujer pobre muriendo entre escombros roída por las ratas y las hormigas. Cargó con ella —una dulce carga para Madre Teresa, como si se tratara de Cristo moribundo—. la llevó a unas salas que le habían cedido y fundó la primera Casa del Moribundo. Muy pronto se llena. Hoy son ya más de treinta.

Luego los leprosos. Sólo en la India atienden a más de 35.000. Los contagiosos, los niños abandonados, y todos los más marginados, despreciados, desechados y desesperados. La bola está rodando y ya no puede parar. "Fervet opus", decía el poeta clásico: La Obra de Madre Teresa está en creciente ebullición. Ama y se prodiga, discurre y se entrega. No se puede creer impunemente. Creer es comprometerse. "Se puede hablar de la primavera y seguir sentado. Pero hablar de los pobres y no hacer nada, sería cometer un sacrilegio. El nombre del pobre —como el de Dios— no puede ser usado en vano". La *visión* desde el tren, el encuentro con estas mujeres moribundas marcaron el *nuevo rumbo de su vida*. La tatuaron para siempre.

Estas son las preferencias de Madre Teresa, y nadie se las va a quitar. No abunda aquí la "competencia". "Mis pobres, dice ella. Mi comunidad son los pobres. Su seguridad es la mía. Su salud, la mía. Mi casa, la casa de los pobres. Pero no simplemente de los pobres, sino de los pobres más pobres. De aquellos a quienes nadie se acerca, porque son contagiosos y están llenos de microbios y suciedad. De aquellos que no van a rezar porque no pueden ir desnudos. De aquellos que no comen porque no les quedan fuerzas para hacerlo. De los que se caen desplomados por las aceras, sabiendo que están para morir y a cuyo lado pasan los vivos sin volver la mirada atrás. De los que no lloran porque se les han agotado ya las lágrimas". Por eso a los tres votos clásicos de toda Congregación religiosa, las Misioneras de la Caridad añaden un cuarto voto: servir a los pobres más pobres.



¿De dónde sacan fuerzas Madre Teresa y sus Hijas para este trabajo abrumador? "Sin sacrificio, sin una intensa vida de oración, sin una fuerte carga de vida espiritual, no podríamos llevar a cabo nuestro trabajo. Es lo que nos une con la pasión de Cristo en los pobres. Los pobres son el cuerpo de

Cristo que sufre. Son Cristo mismo. La Misa es el alimento espiritual que me sustenta. Sin ella no sería capaz de subsistir ni un día, ni una hora de mi vida. En la Misa Jesús se nos presenta bajo el símbolo de pan, mientras en los suburbios vemos a Cristo y lo tocamos en los cuerpos rotos y en los niños abandonados". Esta misma idea la expresa el Padre Peyriquère: "¡Qué real es Cristo, qué terriblemente real, cuando se presenta *bajo las especies* de uno de nuestros hermanos que sufren!".

En la fe y en la oración, en la vida de Cristo, encuentra Madre Teresa luz y calor, vigor y energía inagotable. "Estaría dispuesta a renunciar a mi vida, pero no a mi fe. Debemos quedarnos libres para ser llenados por Dios. Nunca podrá Dios llenar lo que está lleno. Mantener la lámpara encendida, y para ello hay que renovar continuamente el aceite. Cristo es el amor que ama, es el camino para ser andado, la verdad para ser dicha, la luz para ser encendida, la vida para ser vivida, el amor digno de ser amado. Por ello en nuestra Congregación amamos a Cristo con un corazón indiviso en la castidad, con una total libertad en la pobreza, con plena disponibilidad en la obediencia, con una entrega total en servicio a los más pobres de los pobres".

La característica y fuerza convincente de la espiritualidad de Madre Teresa es el descubrimiento práctico, real y vivido de que Cristo está en los pobres. En ellos le debemos reconocer y servir, como El mismo nos dice en Mt 25, 31,46, versículos que San Juan de la Cruz resumía poéticamente: "Al caer de la tarde seremos examinados en el amor". Dice Madre Teresa: "No olvidemos jamás que en el servicio de los pobres se nos ofrece la oportunidad de hacer algo hermoso por Dios. Porque, al entregarnos de lleno al servicio de los pobres, se lo ofrecemos realmente a Cristo en su semblanza dolorida, según dijo El mismo: A mí me lo hicisteis... Un sabio hindú dice así: "Aquél que no reconoce que el primer hombre que pasa por la calle es Dios mismo, ése no encontrará a Dios en el templo, ni en su corazón, ni en este mundo ni en el otro".

En Cristo que nace pobre en Belén, que huye perseguido a Egipto, que agoniza en la cruz, debemos reconocer a todos. "Jesús viene a ti y a mí. Y a menudo, muy a menudo, lo dejamos pasar sin hacerle caso. Se nos juzgará según el trato que hayamos ofrecido a los que pasan hambre, a los enfermos, a los preteridos. Se nos juzgará del amor que les hemos demostrado. Ellos son nuestra esperanza, nuestra garantía de salvación. Debemos acercarnos a cada uno de ellos y tratarlos como trataríamos a Jesús mismo. No importa quiénes son: hemos de ver a Dios en ellos. La Misionera tiene que dar y darse. Dejémonos comer por amor de Cristo".

Al pie del Crucifijo de sus capillas campea esta doble inscripción, que es la razón de su vida. "Amad como yo os he amado. Tengo sed". A la luz de esta sed y de este mandato de amor, el corazón de Madre Teresa se dilata como las arenas del mar.

No piensan en lo hecho, no "pasan factura" a Dios. Tampoco la pasan a los pobres. "Somos deudores a los pobres por habernos ayudado a amar mejor a Dios por su medio". Desean vivir como ellos, para servirles mejor, con pobreza no sólo personal, sino también colectiva. Sin instalarse y siempre dispuestas para marchar a los lugares más necesitados. Sus casas no han de

ser mejores que las de lo más pobres, y siempre las sitúan junto a ellos. Cuando Madre Teresa fue a Roma, invitada por Pablo VI, no tuvo tiempo de visitar monumentos. Fue a los suburbios, y entre ellos quedó a vivir su Congregación. Cuando en 1976 estuvo en Madrid, invitada por el Cardenal Tarancón, también prefirió ir a ver los pobres de las chabolas en vez de las figuras del Museo del Prado.



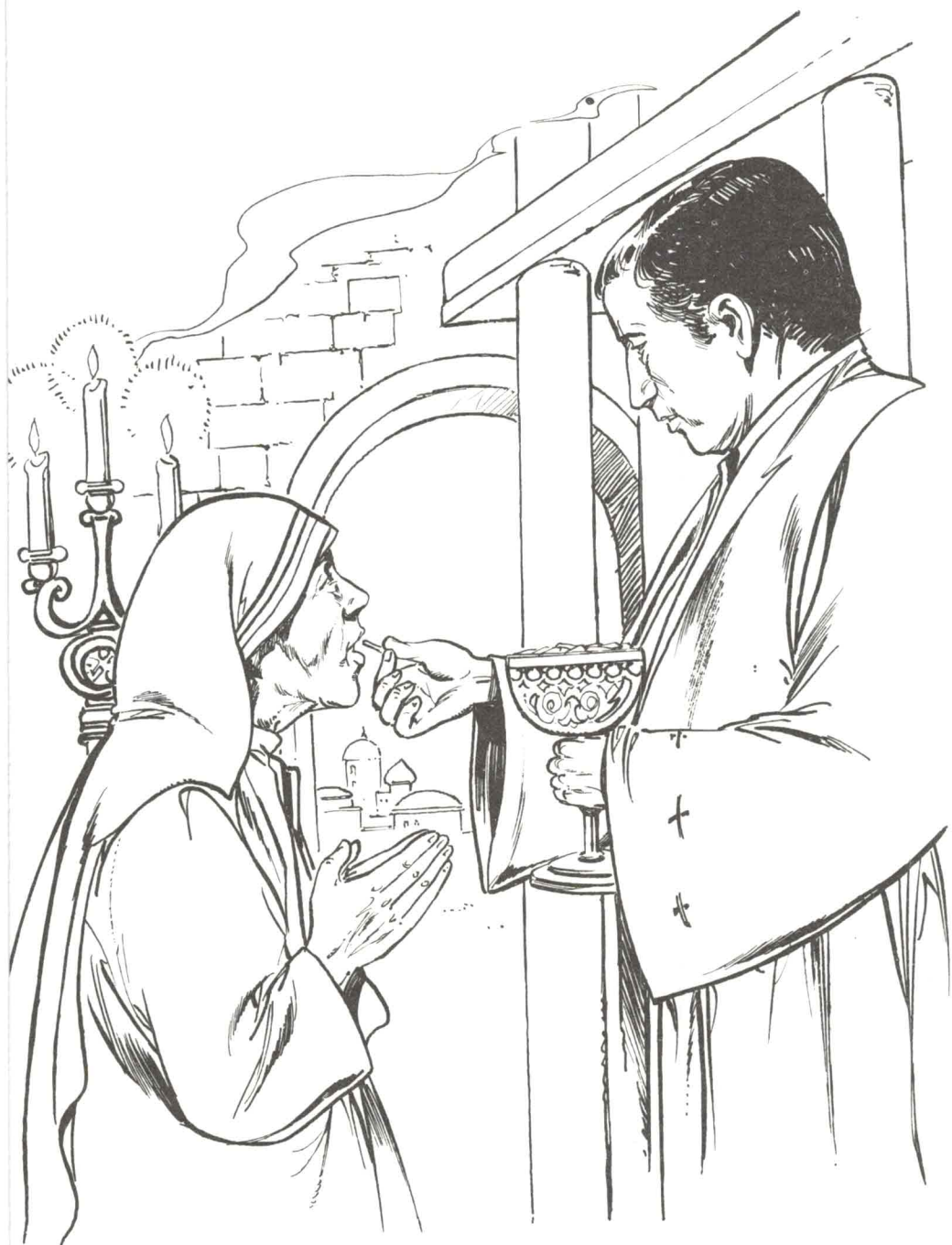
Sólo a través de este contacto y cercanía se llega al conocimiento y al amor. "El problema no es que hayamos olvidado el amor, sino que no conocemos a los que sufren. El conocimiento de la pobreza lleva al amor, el amor lleva al servicio. Si los hombres conocieran las realidades y necesidades de los demás hombres, el amor nacería solo. Por eso somos nosotros los que tenemos que conocer a los pobres, los que tenemos que amarles y servirles".

El no poder remediar los problemas de fondo no nos excusa de hacer lo que está en nuestras manos. "Nosotros nos dedicamos a ayudar hoy. Luchar por el futuro es una tarea muy larga. Mientras la preparo se me puede morir un niño, por falta de pan o de un vaso de leche. Nuestra misión no es juzgar si una situación es justa o injusta, nuestra misión es ayudar. Denunciar la injusticia lleva mucho tiempo. Hay mucha gente además que lo hace muy bien. Nuestra vocación es distinta. Si ustedes tienen la vocación de denunciar la injusticia, háganlo. Trabajando juntos lograremos mucho. La violencia no es la respuesta. La solución no está en los cañones, ni en las ametralladoras, sino en el amor y en la compasión".

La gente cada vez está más cansada de palabras. Sólo cree ya en los gestos. "Nosotros nos abstenemos de predicar por otros medios que no sean los de nuestro trabajo: nuestra predicación son nuestras obras. El amor no tiene otro mensaje que él mismo. Nosotros nos esforzamos por vivir de manera concreta el amor de Cristo en cada una de nuestras acciones de cada día. Si alguna predicación hacemos consiste en hechos, pero no en palabras. Es nuestro testimonio al Evangelio". Como decía Peguy, "el que no da la mano, ése no es cristiano, ése no tiene ninguna competencia en materia de cristiandad".

Las ideas pueden separar, pero las obras unen y convencen. "Nuestro criterio de ayuda no es la creencia religiosa, sino la necesidad". Este lenguaje lo entienden todos. "Un religioso hindú declaró en una reunión que cuando veía a nuestras hermanas trabajando con los leprosos creía que Cristo venía de nuevo a la tierra para ponerse al servicio de los pobres. Un médico, viendo cómo una hermana cuidaba a un enfermo que todos los médicos habían desahuciado, dijo: "Había venido hasta aquí sin Dios, y me voy con Dios".

Necesita dinero y lo recibe de toda clase de personas, y en dinero convierte los premios y los regalos. Pero no basta el dinero. "Hay males que no se remedian sino con amor. Necesitan que nuestras manos les presten un servicio, que nuestros corazones les ofrezcan amor en su soledad. Nuestro atractivo es el amor, en eso nos diferenciamos de las organizaciones asistenciales. No debemos convertirnos en burócratas de la caridad. Las personass suspiran por el amable sonido de una voz humana. Yo no pienso nunca en términos



de muchedumbre, sino de persona. Si pensase en muchedumbres, no empezaría nunca. Lo que importa es la persona. Creo en el encuentro de persona a persona”.

* * *

He aquí el estilo de Madre Teresa: “A todo el que sufre, no sólo hemos de ofrecerle ayuda, sino también nuestra sonrisa alegre y serena. Lo que necesitan los pobres, antes que nada, es que se les ame. No cuenta lo que se da, sino el amor con que se da. Jamás hemos de permitir que alguien se pueda alejar de nosotras sin sentirse mejor y más feliz. Frente a los pobres, nosotras debemos ser como el resplandor de la bondad de Dios. Debemos tener siempre la sonrisa a flor de labios para cada niño a quien socorremos, para cada abandonado o enfermo a quien ofrecemos compañía y medicina. Poco importa sólo cuidados: hemos de ofrecer a todos nuestro corazón”.

Sus hijas han aprendido muy bien la lección. “Madre, soy feliz, he estado tocando el cuerpo de Cristo durante tres horas”, le decía una de ellas después de atender a un moribundo abandonado. Eran reflejo de otras palabras de Madre Teresa: “Sé que cuando toco los miembros de un leproso que despide hedor por todas partes, estoy tocando el cuerpo de Cristo, lo mismo que cuando toco su cuerpo sacramental en la Eucaristía. No tocaría a un leproso por un millón de pesetas. Pero curo sus heridas por amor de Cristo”.

Hay hermosos testimonios de moribundos. “He vivido como un animal. Muero como un ser humano. Ahora soy feliz”. “Al fin podré acostarme en una cama de verdad, aunque sea para morir”. “¿Por qué lo haces?”, dice un moribundo a Madre Teresa que lo lavaba y cuidaba —“Por amor”, respondió. Y murió dibujando una sonrisa—. Otro diálogo: “¿Cómo puedes soportar el hedor de mi cuerpo, que a todos ahuyenta? —Esto no es nada comparado con lo que tú sufres —Gloria a ti, mujer— No: gloria a ti, que sufres con Cristo”.

Ante hechos parecidos, escribe emocionado el periodista belga Becker: “Siempre la humanidad tendrá justificación mientras exista, en las tinieblas de la hora de tercia, algún descendiente del centurión que se digne alargar la esponja humedecida del vinagre al Eterno Agonizante del mundo para refrescar sus labios divinos”.

* * *

Esta es la magna obra de Madre Teresa. Y la semilla va creciendo. Ya son más de 1.200 misioneras, con más de 90 centros de irradiación. Paralelamente han surgido los Hermanos Misioneros de la Caridad. Y los colaboradores de la Obra de Madre Teresa, más de 80.000 ya, sanos y enfermos, activos y de vida contemplativa, que apoyan y apadrinan, sufren y rezan, y ofrecen hermosos ejemplos de privaciones y de generosidad.

Mientras tanto, Madre Teresa sigue infatigable, sin desvíos ni abandonos, el camino de su vocación, hasta que llegue la hora de “volver a casa”, para el último Encuentro. “Cada uno sabe que no hemos sido creados por nosotros mismos. Alguien, Otro, nos ha dado el ser. Volver a El es volver a casa”.

CONTENIDO

	Pág.
Presentación	9
Prólogo	11
El varón que tiene corazón de lis (Francisco de Asís)	17
La mujer que lamentó su belleza (Beatriz de Silva)	27
La Loca del Sacramento (Teresa Enríquez)	35
Un hombre para todos los tiempos (Tomás Moro)	43
Caballero andante a lo divino (Ignacio de Loyola)	55
El divino Impaciente (Francisco Javier)	63
El Santo Duque (Francisco de Borja)	71
La nueva Rosa de Jericó (Rosa de Lima)	80
Flor de la piedad americana (Isabel Seton)	87
Un gaucho con gancho (El Cura Brochero)	95
El hermano universal (Carlos de Foucauld)	105
Un cristiano coherente (José Gregorio Hernández)	112
La Magdalena del siglo XX (Eva Lavallière)	123
Una existencia teológica (Teresa de Lisieux)	128
Arduo camino de Kant a Santo Tomás (Manuel García Morente)	139
Mártir por Cristo Rey (Padre Pro)	146
Una larga nostalgia por la verdad (Edith Stein)	156
El caballero de la Inmaculada (Padre Kolbe)	163
El vagabundo de la caridad (Raúl Follereau)	171
Por los pobres más pobres (Madre Teresa de Calcuta)	179